

AAU

AMERICAN ANDRAGOGY
UNIVERSITY



01

AÑO 1 - 2011

Cuadernos **ReHiMe**
de la Red de Historia de los Medios

www.rehime.com.ar



Directora | Mirta **Varela**

Codirector | Mariano **Mestman**

Equipo | Máximo **Eseverri**, Cora **Gamarnik**, Paola **Margulis**,
Alina **Mazzaferro**, Silvia **Méndez**, Federico **Lindenboim**,
Fernando **Ramírez Llorens**, Ana Lía **Rey**, Ignacio **Rodríguez**,
Mariana **Rosales**, Laura **Vazquez**

Colaboraron en este número | Pablo **Alabarces**, Patricio **Bernedo**
Pinto, Marialva **Carlos Barbosa**, Luis César **Díaz**, Maida **Diyarián**, Luiz
Artur **Ferraretto**, Claudia Irene **García Rubio**, Judith **Gociol**, Mateo
Gómez Ortega, Gilberto Eduardo **Gutiérrez**, Esther **Hamburger**, Micael
Herschmann, Alejandra **Laera**, Jorge **Lafforgue**, Florencia **Luchetti**, Mónica
Maronna, Andrea **Matallana**, María Victoria **Ojeda**, Celia **del Palacio**, Omar
Rincón, Eduardo **Romano**, Fernanda **Ruiz**, Héctor **Schmucler**, Maximiliano
Tocco, Javier **Trímboli**, Marco Antonio **Villarruel**.

Diseño | Jorge Pablo **Cruz**

Corrección | Ana **Broitman**

ReHiMe

Editor Responsable: Cátedra de Historia de los Medios

Facultad de Ciencias Sociales | UBA

Marcelo T. de Alvear 2230 | CABA | Argentina | 2011

<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/varela> | mvarela@sociales.uba.ar

Año 1 | N° 1 | 2011

ISSN 1853-8320

Se permite la reproducción total o parcial citando la fuente.



Prometeo Libros | Pringles 521 | CABA | Argentina

www.prometeoeditorial.com

Jorge B. Rivera. La explosión del sueño, 1960



| a u s p i c i o s |



UBACyT



Proyecto UBACyT *Historia de los medios en América Latina: problemas de historiografía y archivo* (2011-2014); Proyecto PIP-CONICET *Inflexiones históricas de las imágenes de las masas: cuestiones de representación visual y archivo* (2011-2013); Proyecto UBACyT *Medios y Sociedad: problemas de historiografía y archivo* (2008-2010) y Proyecto PICT-ANPCyT *La representación de las masas en la televisión argentina* (2008-2010).

| índice |

<i>editorial</i> _____	09
<i>encuesta</i> <u>Historia de los medios en América Latina</u>	14
Héctor Schmucler	18
Eduardo Romano	21
Omar Rincón	24
Andrea Matallana	30
Mónica Maronna	33
Micael Herschmann	42
Celia del Palacio	46
Esther Hamburger	49
Gilberto Eduardo Gutiérrez	52
Claudia Irene García Rubio	56
Luiz Artur Ferraretto	59
Luis César Díaz	63
Marialva Carlos Barbosa	65
Patricio Bernedo Pinto	69
Marco Antonio Villarruel	73

dossier | Jorge B. Rivera 78

Presentación	80
Eduardo Romano , <i>El salto inicial de Jorge B. Rivera</i>	82
Jorge Lafforgue , <i>Un kantiano rioplatense</i>	92
Pablo Alabarces , <i>Rivera, o la arqueología</i>	94
Alejandra Laera , <i>Por una historia menor de la literatura</i>	99
Mirta Varela , <i>Fundaciones y márgenes de la cultura</i>	106
Ana Lia Rey , <i>Las revistas en la historia (social) de Jorge B. Rivera</i>	116
Laura Vazquez , <i>Entre el margen, lo popular y la cultura.</i> <i>Las lecturas de Jorge Rivera sobre la historieta</i>	122
Listado de obras (con la colaboración de Judith Gociol)	134

diálogo | Televisión: 60 años de historia sin archivos 140

Mateo **Gómez Ortega**, coordinador del Área de Tecnología y Sistemas de RTA, Javier **Trímboli**, asesor histórico de la TV Pública, Fernanda **Ruiz**, Maximiliano **Tocco**, Maida **Diyarián** y María Victoria **Ojeda**, integrantes del Área de Tecnología y Sistemas de RTA , y Mirta **Varela**, Ana Lía **Rey**, Fernando **Ramírez Llorens**, Máximo **Eseverri**, Florencia **Luchetti** y Paola **Margulis**, integrantes de ReHiMe.

Nadie discute ya la importancia de los medios en el presente. Su historia, sin embargo, no se considera indispensable para comprender su funcionamiento en la actualidad. Quienes participamos del proyecto que dio origen a este Cuaderno consideramos, por el contrario, que la historia permite comprender algunas facetas del presente porque en ella entran en tensión diferentes relatos. La definición misma de los medios se vuelve imprecisa en el momento de hacer su historia. ¿Qué medios incorporamos? ¿La prensa, la radio, la televisión e Internet? ¿Dejamos adentro o afuera al cine y al teléfono? Si el presente nos habla de medios globalizados, sería difícil dejar afuera de esa historia al telégrafo que exigió el tendido de redes, abrió una brecha entre el transporte y la comunicación y anunció la posibilidad de las comunicaciones simultáneas. Si, por el contrario, ponemos el acento en la importancia de la imagen en la comunicación contemporánea, ¿podemos prescindir de la historia de la fotografía y del cine? Por otra parte, mientras la historia de la prensa suele formar parte de la historia política, la historia del cine encuentra

habitualmente su legitimidad en la historia del arte. Desde este espacio, aspiramos a encontrar los elementos comunes que convierten a unos y otros en medios de comunicación social.

Éste es el primer cuaderno de **ReHiMe**, una **Red de Historia de los Medios** que comenzó a funcionar hace algo menos de un año, con el objetivo de intercambiar información, debatir investigaciones en curso y hacer circular materiales para la enseñanza. La red surgió como una iniciativa de los integrantes de la **Cátedra de Historia de los Medios** de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y del grupo de investigación **Medios, Historia y Sociedad** del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la misma Facultad. En distintas oportunidades, discutimos la posibilidad de armar una revista sobre los temas que nos interesan: la historia de los medios concebida como parte de una historia de la cultura, que incorpore los debates críticos e historiográficos más recientes y que ponga en cuestión las relaciones entre cultura, política y sociedad. Sin embargo, la tensión entre el formato en papel y *online* nos hizo desistir. En cierto sentido, estábamos ante una disyuntiva típica de la historia de los medios: un momento de transformación técnica con consecuencias para las formas de producción, los géneros y las formas de circulación. Nos decidimos, entonces, por armar un sitio web <http://www.rehime.com.ar> que se apartara del formato revista.

La decisión respondió, además, a dos incomodidades. En primer lugar, nos parecía un desperdicio utilizar la web *sólo* para hacer una revista, cuando teníamos la oportunidad de incorporar un canal de video, links de informaciones útiles, la digitalización de libros o fuentes no disponibles y un ritmo de actualización más flexible. El sitio nos ofreció la posibilidad de combinar esas variantes con algunos *dossiers* temáticos organizados al modo de una revista tradicional. En segundo lugar, discutimos las ventajas y desventajas de un formato alejado de las exigencias académicas: referato, indexación y comités evaluadores. Se trata de modos de legitimación de los que formamos parte porque somos investigadores de la Universidad

En el sitio web de ReHiMe se pueden consultar diversos tipos de archivos

<http://www.rehime.com.ar>



y/o del CONICET. Se trata de un sistema que avalamos en tanto evaluadores y evaluados -según la oportunidad- y del que no podemos considerarnos ajenos, ya que usufructuamos cargos ganados por concurso, subsidios de investigación o becas que nos permiten el trabajo cotidiano y, entre muchas otras cosas, armar un sitio web o publicar este cuaderno. Todos nosotros leemos y publicamos en revistas académicas cuyas reglas respetamos. Sin embargo, también se trata de exigencias que muchas veces demuestran su arbitrariedad y que percibimos como un corsé para la creatividad intelectual. El sistema científico exige seguridades que, lejos de alentar la renovación, tiene un aspecto inevitablemente conservador. En ese sentido, nos pareció importante no hacer otra revista académica que no estamos seguros de que sea necesaria en este momento, sino promover un espacio más flexible para la circulación de las ideas. De esta manera, el formato en papel de este cuaderno se propone como un complemento *a posteriori* del sitio web. En lugar de comenzar como una revista en papel que luego pasa al formato *online* en un acto de concesión tardía, estamos

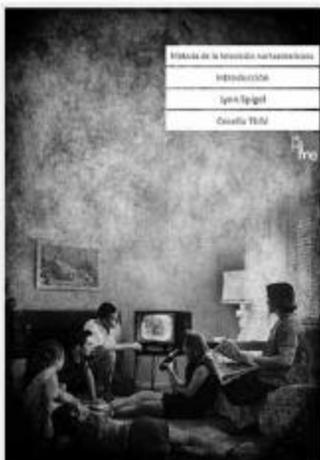


Los dossiers, documentos, herramientas y archivos forman el cuerpo principal de los contenidos del sitio.

<http://www.rehime.com.ar/escritos/dossier.php>

Dossier
Representaciones Fotográficas de la Masas en Argentina (1900-2001).
Cora Gamarnik y Ana Lía Rey

<http://www.rehime.com.ar/escritos/dossier.php>



Dossier
Historia de la televisión norteamericana.
Artículos de Lynn Spigel y Cecelia Tichi,
traducidos para el sitio.

<http://www.rehime.com.ar/escritos/dossier.php>

realizando un tránsito inverso: desde la web al papel, como un intento por recorrer varios caminos convergentes hacia un mismo objetivo.

Incluimos en este primer número impreso, tres temas que consideramos valiosos para la historiografía de los medios. En primer lugar, **una encuesta sobre historia de los medios en América Latina**. La generación de una red que permita avanzar en estudios comparativos entre países de América Latina fue un objetivo central de este proyecto y esta encuesta, un primer paso en ese sentido. Se trata, sin duda, de un método insuficiente pero también valioso en tanto permite reconstruir una suerte de estado de la cuestión: qué piensan los investigadores del área en este momento. En segundo lugar, **un dossier sobre Jorge B. Rivera (1935-2004)**, un intelectual prolífico y un pionero de la historia de la cultura y de los medios en la Argentina. Incluimos aquí artículos que aportan diferentes miradas sobre Rivera y sus contribuciones a este campo. Por último, **un diálogo con quienes están digitalizando el archivo de la TV Pública**. Este año se cumplen 60 años de la primera transmisión de televisión en el país y nos pareció oportuno preguntarnos por las políticas respecto de sus archivos, las fuentes que podrían permitirnos dar cuenta de su historia. Además de incorporar tres temas de crítica e historiografía de los medios y la cultura, se trata de tres modos de poner en contacto diferentes voces en un mismo espacio: una encuesta, un conjunto de artículos sobre un mismo tema y un diálogo. En ese sentido, el cuaderno insiste en la idea de que el conocimiento no puede producirse individualmente sino en la articulación de una red de voces.

Buenos Aires, septiembre de 2011





| encuesta |

Una historia de los medios en América Latina

R e s p o n d e n

Héctor **Schmucler** | Eduardo **Romano** |
Omar **Rincón** | Andrea **Matallana** | Mónica **Maronna**
Micael **Herschmann** | Celia **del Palacio**
Esther **Hamburger** | Gilberto Eduardo **Gutiérrez**
Claudia Irene **García Rubio** | Luiz Artur **Ferraretto Luis**
César **Díaz** | Marialva **Carlos Barbosa**,
Patricio **Bernedo Pinto** | Marco A. **Villarruel**

15

ReHIM
Cuadernos de la Red de Historiadores de los Medios

no 11, n.º 1, 2011

¿Para qué escribir una historia de los medios en América Latina ?

Hemos enviado esta encuesta sobre historia de los medios en América Latina a algunos referentes e investigadores del área.

Casi todos los consultados respondieron a una cuestión que es del mayor interés para quienes editamos este Cuaderno.

Las respuestas dan cuenta de una heterogeneidad de miradas, estilos y propuestas que caracteriza la investigación en América Latina.

Reproducimos a continuación el texto de la encuesta enviado a los investigadores y las respuestas recibidas.

Las imágenes incluidas pertenecen a versiones de cine, radio y televisión de *El derecho de nacer* de Félix B. Caignet. Elegimos un melodrama que condensa las contradicciones entre cultura de masas y cultura popular en América Latina. Se trata de un reaccionario alegato contra el aborto que atravesó los medios del continente alcanzando la mayor popularidad.

| encuesta |

Desde hace varias décadas los debates en Comunicación y Cultura en América Latina han recurrido a hipótesis históricas. Las relaciones entre tradición, modernidad y posmodernidad ubicaron a los medios en una posición periférica que se interpretó a partir de las asincronías o multitemporalidades respecto de la historia de los centros. En el mismo sentido se explicó el modo en que los medios de comunicación modernos habrían reconvertido las matrices de las culturas populares tradicionales. Pero quizá debido al éxito obtenido por la fórmula “de los medios a las mediaciones”, las mediaciones llamaron más la atención que los medios. Lo cierto es que, aunque los medios ocupan un lugar de creciente importancia política, social y cultural en la agenda de América Latina, la historia de los medios no jugó un rol importante en la investigación reciente.

A partir de estas afirmaciones -que bien puede utilizar para retomar o disentir- le rogamos que responda las siguientes preguntas:

- 1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?**
- 2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?**
- 3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?**

| encuesta |

Héctor Schmucler

Universidad Nacional de Córdoba | Argentina

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Creo que sería muy oportuno encarar una historia de los medios en América Latina. Claro que no estoy pensando, por supuesto, en una especie de descripción cronológica de la aparición y expansión de los medios (aunque es imprescindible transitar ese camino). Estoy pensando en una historia “histórico-cultural” que tome en cuenta las condiciones económicas y sociales, tanto como las ideas que enmarcan el desarrollo de los medios. Una pregunta surge de inmediato: ¿qué medios entrarían en una tal historia? Esta delimitación señala un primer desafío: si se pretendiera llegar hasta la actualidad, no podría prescindirse de la nueva parafernalia tecnológica y allí se complican las cosas

porque el “tempo” de instalación, expansión y penetración adquiere un ritmo y una entidad muy diferente a los clásicos (prensa escrita, radio, televisión). Cuando digo *entidad* quiero aludir al lugar estructural que ocupan las llamadas TICs en el proceso productivo económico e intelectual, con lo cual su papel como “medios” es aún menos separable que el que



desempeñan los medios anteriores. Aquí la historia pega un salto. El mismo salto casi civilizatorio que está significando la presencia de la informática (aunque ya suena antiguo) en la constelación cultural mundial. Pero aún si se dejaran a un lado estas nuevas y novísimas tecnologías, se justificaría plenamente una nueva historia de los medios. Y cuando digo “nueva”, insisto, subrayo la conveniencia de un enfoque que supere lo meramente económico o lo estrechamente técnico. Me parece que los medios no han sido ni son sólo instrumentos de fuerzas que intencionalmente los hayan diseñado para fines específicos. En todo caso, son parte de esa enorme fuerza ideológica (para llamarla de alguna manera) que bajo el nombre de Progreso ha pautado la conducta de casi todos los sectores que actuaron y actúan en el espacio público. Destaco: no son meros instrumentos sino actores sustanciales de la conformación social. Y, como se sabe, no siempre los efectos y resultados de un agente social son claramente previsibles. Aquí, sin duda, merece especial atención la ilusión iluminista que ha

recorrido (¿recorre?) tanto el espectro conservador (¿derecha?) como, digamos, progresista (¿izquierda?).

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina? y 3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Me parece que las dos preguntas están íntimamente entrelazadas y por eso las contesto en un sólo bloque. Algunas cosas de orden práctico son obvias: sería necesario un equipo con representantes de los países que se quieran estudiar y que coincidan en un cuidadoso acuerdo sobre el enfoque que se dará al trabajo. Con esto estoy dejando por sentado que, según mi parecer, de ninguna manera se podrían esquivar los aspectos nacionales de la historia. Es cierto que existen fenómenos comunes que se repiten en distintos países de la región, pero la mirada de América Latina como un todo no creo que conduzca a resultados interesantes. Sí, por supuesto, deberían hacerse estudios comparativos para observar cómo actuaron determinadas tendencias en cada circunstancia local. La comparación no sólo mostraría diferencias. También pondría de manifiesto el peso de ideas que se expandieron, aunque de manera desigual, en todo el continente. Ni qué hablar que esta aproximación comparativa podría facilitar el análisis de los poderes actuantes en cada nación y los conflictos entre los distintos grupos que, en cada momento, disputaron alguna forma de hegemonía.

Héctor **Schmucler** es profesor emérito de la Universidad Nacional de Córdoba y ha sido uno de los fundadores de los estudios en Comunicación en la Argentina. En 1970 creó la revista *Comunicación y Cultura* junto a Armand Mattelart, con quien también publicó *América Latina en la encrucijada telemática* (1983). Entre sus múltiples escritos se destaca *Memoria de la comunicación* (1997).

Eduardo Romano

Universidad de Buenos Aires | Argentina

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Emprender la tarea de elaborar una historia de los medios en América Latina no sólo me parece interesante sino imprescindible. Sería algo así como el preámbulo a posibles estudios comparativos y contrastivos como los que hoy se desarrollan en otras áreas de la producción artística, por ejemplo. Además, pondría en evidencia muchas cosas que sospechamos pero no tenemos suficientemente documentadas acerca de las correlaciones respecto de cierta programación importada y expandida simultáneamente por todo el continente, así como de los programas “nativos” más característicos e incluso más exitosos. Sería en verdad un mapa sumamente útil y que contribuiría a que nos conociéramos



mejor. Nos daría información acerca de las redes multinacionales vigentes, pero asimismo de las programaciones propias, de los porcentajes entre ambas, de los géneros que prefieren ciertas audiencias, de coincidencias y diferencias regionales, etc. La perspectiva diacrónica, además, ofrecerá sincronías y asincronías que darán cuenta de aspectos del desarrollo cultural de nuestros países que todavía desconocemos.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

No es fácil imaginarse la manera de instrumentarlo. De todas formas, supongo que podría ser un proyecto de carácter multinacional, con un investigador responsable en cada país, con reuniones periódicas para archivar e intercambiar datos. Una primera etapa sería eminentemente de acopio y documentación, materiales sobre los cuales podría trabajarse luego de manera más analítica o crítica. Sería una tarea a la vez cuantitativa y cualitativa. Es claro que buscaría solventarlo a través de alguna institución o instituciones académicas no privadas, como un mínimo recaudo para asegurar resultados confiables.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Parto de no pensar en historias limitadamente nacionales. En todo caso lo que se recaude por país deberá ser sometido luego a confrontaciones que seguro van a mostrarnos perfiles zonales con un mayor intercambio entre ciertas regiones y mayor desvinculación respecto de otras. Incluso aparecerán formas de dependencia o subordinación regional. Por ejemplo, cuando trabajé sobre las primeras revistas ilustradas rioplatenses descubrí que algunas publicaciones de Montevideo dependían de la tecnología gráfica bonaerense para la reproducción de imágenes y que cuando el intercambio se atrasaba no las incluían y se justificaban. Justamente el repertorio de esas similitudes y diferencias, desde lo eminentemente técnico hasta lo ideológico, contribuirá a conformar ese mapa cultural al que me refería antes y del que todavía carecemos. Un mapa que no estará sometido a los límites territoriales que, lo sabemos, suelen ser bastante ficticios. Otro recuerdo personal, para terminar. Cuando era muy joven y trabajaba en la editorial Códex, hacíamos una versión adaptada de “Enciclopedia Estudiantil”, una especie de revista con temas para el segundo ciclo o secundario, para su venta en México. Aparte de sugerirnos cambios léxicos frecuentes, en una oportunidad nos devolvieron el original con un cartel de protesta porque leer que un malón indígena asolaba las poblaciones blancas los había indignado. Tenemos una historia común, pero no precisamente idéntica ¿no?

Eduardo **Romano** es profesor consulto de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y autor de *Medios de comunicación y cultura popular* (1983) en colaboración con Aníbal Ford y Jorge B. Rivera; *Voces e imágenes en la ciudad. Aproximaciones a nuestra cultura popular urbana* (1993); *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses* (2004), además de libros y artículos sobre literatura argentina.

| encuesta |

Omar Rincón

Universidad de los Andes | Colombia

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Se acepta públicamente que los medios de comunicación juegan un rol significativo en

- a. la construcción del gusto popular,
- b. las representaciones colectivas e imaginarios sociales,
- c. los sentidos colectivos por los cuales se moviliza una sociedad,
- d. el uso del tiempo libre y la legitimación de un concepto de entretenimiento,
- e. su incidencia en la política al punto tal que existe el término medio-política.

En este marco la tendencia es estudiar a los medios de comunicación como objeto, lugar y práctica de análisis. Desde

otras disciplinas y desde la misma comunicación se acercan a los medios para estudiar “lo que le hacen los medios de comunicación al gusto popular”, “los incorrectos modos mediáticos de representación social”, “las manipulaciones y seducciones mediáticas” de la masa consumidora, “el empobrecimiento espiritual y cultural que causan los medios en los públicos ignorantes”, “los modos como se usan los medios para ganar favorabilidad política”... y mucho más... siempre los medios de comunicación “haciendo”, siendo “activos”, “produciendo”. Un villano sin defensa, eso son los medios de comunicación.



Luego, lo primero que diría es que hay que dejar de estudiar/analizar/criticar/proscribir a los medios desde “el afuera” teórico (bien sea desde la antropología, los estudios culturales, las ciencias políticas o la comunicología....) y de práctica (poco se conocen los modos y lógicas de producción y narración de los medios). Dejar el afuera y *estudiar/analizar/comprender desde el adentro mediático*.

De ahí surgen tres asuntos a comprender en perspectiva histórica:

a. La producción de las identidades de cada medio.

Una historia de los modos en que los medios de comunicación constituyeron su campo social, político e intelectual. Porque por lo que se ve, hay un clasismo en los estudios mediáticos. Así la prensa se estudia desde la privilegiada categoría de “opinión pública” y a sus lectores se les llama “públicos”; se considera que la prensa es fundamental para la democracia y que los públicos son lectores y ciudadanos. Con la radio, si se estudia, sólo se lo hace desde la categoría “compañía” y a sus escuchas se les llama “sectores populares” porque su interpelación es oral y cotidiano-

privada, por tanto poco política y significativa. La televisión es el medio que más se estudia, el que más se teme y al que más se critica, por eso se le estudia desde los efectos y se considera a sus espectadores como masas, luego hay poco que hacer desde lo ciudadano y mucho desde el mercado. El internet y el celular se les estudian y se les asignan valor como “red social” y se llama a su consumidor “ciudadano” porque se piensa que el activismo digital es un modo de hacer política. O sea, ¿hay medios de primera categoría y medios de segunda? ¿Hay públicos valorables como los de la prensa y el internet, y despreciables como los de la radio y la televisión? ¿Cómo se dio este proceso de legitimación y deslegitimación? ¿Qué tiene que ver con la historia intelectual y política de cada sociedad? ¿Qué tiene que ver con los modos de narrar e interpelar de cada medio? ¿Cómo se construyó este clasismo en los estudios de los medios? O mejor ¿cómo cada medio constituyó su campo intelectual, político y comunicativo?

b. Los medios de comunicación y su constitución como actores modernos.

Las presencias de los medios de comunicación: contextos, tecnologías y relatos. Se dice que cada medio marcó los modos de comunicar, pensar y hacer la política de una manera significativa. La prensa escrita fue donde se hacía la política hasta los años 50, por eso importaba tener programas, argumentar y escribir bien y en periódicos de referencia; la radio fue donde se hacía la política hasta los años 80 y por eso fue que los políticos de mitad de siglo dejaron de escribir y se convirtieron en grandes oradores y practicantes eximios de la retórica; la televisión tomó el relevo en los 80 y allí se hacía la política hasta el 2000, se buscaba que todos fuéramos presentadores de noticias, con sonrisas y chisme, escándalos y debates para producir imágenes afectivas; las encuestas es donde



se hace la política de principios de este siglo, se encuesta mucho, se sabe poco y los políticos y los ciudadanos arreglamos las ideas según como vayan las estadísticas; el comienzo de siglo nos graduó a todos de entrenadores y *celebrities*, ya no importa tener pinta televisiva, ni retórica radial, ni argumentos de prensa, sólo basta con que seamos auténticos, espontáneos, cercanos al pueblo y produzcamos emoción; el futuro nos dicen que es del internet-celular-redes donde todos nos juntaremos y seremos felices. Como se puede sentir, habitamos el entretenimiento y la buena onda en su máxima complejidad. Cada medio aportando su cuota de goce narrativo y su pasión



política. ¿Será esto así? ¿Cómo ha sido el papel que cada medio ha cumplido en la producción social de la realidad? ¿Los medios de comunicación sí tienen tanto poder como se les asevera? ¿Se puede decir, por ejemplo, que el siglo XX fue el siglo de la prensa? ¿Cómo los medios de comunicación nos hicieron modernos?

c. Los medios de comunicación y sus procesos de calidad narrativa.

Los medios de comunicación han fracasado como institución informativa y han triunfado como dispositivo del entretenimiento.

La prensa de referencia cada día se lee menos; los ciudadanos van a la televisión pero a ver telenovelas, *realities* y variedades; el internet informa pero bajo la lógica del fragmento y de la opinión confirmativa. Los medios de comunicación dejaron de ser escenarios de opinión pública y se convirtieron en actores políticos con agendas propias; se informa mal porque no se diversifican las fuentes, no se tiene contexto, no se ofrecen

marcos de comprensión, no se presentan datos, se usa el adjetivo fácil y se narra mal; los periodistas están emigrando a las oficinas de prensa de los gobiernos y las empresas privadas mientras la información queda en manos de practicantes. La noticia publicada fue que CNN está perdiendo los *ratings*. La noticia es que el modelo de información cambió en forma, estilo y agenda y CNN no se quiso dar cuenta (ni Telesur, ni los canales que quieren ser noticias mundo, ni los noticieros nacionales). En nuestro tiempo nadie quiere noticias “que parezcan” neutras, se quiere una subjetividad explícita como la de FOX News; la agenda del poder USA ya no interesa, el imperio ya es un fenómeno del pasado, de cuando se suponía que había un solo mundo, hoy se busca estar al día en lo local como territorio y perspectiva; antes solo se tenía a CNN, ahora se cuenta con muchas fuentes de noticias (incluida la sorprendente Aljazeera) y la internet es más confiable. Una historia de los procesos de producción y narración es urgente. Los que hicieron los medios de comunicación no nos han dejado testimonio de sus modos de trabajar. Y ahí debe haber mucho

para aprender para hacer la mediática de este siglo XXI. ¿Cómo se ha narrado en cada medio? ¿Cuáles son los procesos mediáticos? ¿Cuáles las lógicas de producción? ¿Cómo y en qué condiciones se produjo la calidad periodística? ¿O la calidad de ficción?

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Como lo expresé arriba hay un criterio: hacer las historias desde el adentro de los medios. Me interesaría por cuatro ejes de historias:

a. *Historia de las identidades* de cada medio: los modos en que los medios de comunicación



constituyeron su campo social, político e intelectual.

b. *Historias de la modernidades mediáticas*, de la constitución como actores modernos de los medios de comunicación. Historia de cada medio. ¿Cómo nos hizo la prensa modernos? ¿Cómo nos hizo la radio modernos? ¿Cómo nos hizo la televisión modernos?

c. *Historias de los modos de narrar* de los medios de comunicación. Historia de cada medio. Historia de lo periodístico. Historia de la ficción.

d. *Historia del entretenimiento mediático*. Historia de cómo los medios de comunicación han desarrollado y marcaron la lógica del entretenimiento.



3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Las historias globales son historias de tecnologías, las historias nacionales son las que constituyen el campo y le asignan su diferencia. Las historias globales, por su deseo de juntar, diluyen el valor de comprender cómo somos mediáticamente. Luego, no es posible, ni siquiera por criterio comparativo.

Omar **Rincón** es profesor asociado en la Universidad de los Andes y director del Centro de Competencia en Comunicación C3 para América Latina de la Fundación alemana Friedrich Ebert. Entre sus publicaciones se destacan: *Entre saberes desechables y saberes indispensables [Agendas de país desde la comunicación]*, Bogotá: C3/FES, 2009; *Los telepresidentes: cerca del pueblo y lejos de la democracia*, Bogotá: C3/FES, 2008; *Narrativas Mediáticas o cómo cuenta la sociedad del entretenimiento*. Barcelona: Gedisa, 2006; *Televisión Pública: del consumidor al ciudadano*. Buenos Aires: la Crujía 2005; *Televisión, video y subjetividad*. Buenos Aires: Norma, 2002.

| encuesta |

Andrea Matallana

Universidad Torcuato Di Tella | Argentina

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Desde mi punto de vista el interés sobre una historia de los medios en América Latina está en construir una trama de descripciones y explicaciones acerca del cómo de los medios y el por qué. En este sentido, hay espacios sobre algunos medios que no han sido todavía explorados en detalle. Y si lo han sido, como es el caso de la radiofonía, no siempre se lo ha hecho desde un pensamiento analítico sino desde la idea de crónicas. Desde mi punto de vista, los desafíos son varios: el primero está en relación a las fuentes y a la constitución de un corpus de análisis para realizar un abordaje multidisciplinario y de convergencia entre las diferentes naciones y culturas. Sabemos que el modelo radiofónico

argentino toma referencias de los Estados Unidos en una primera época pero no hemos avanzado en la comparación con otros ejemplos latinoamericanos. Algo similar ocurre con relación a la industria cultural, como las discográficas, por ejemplo.



2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Desde una perspectiva histórica, creo que el abordaje debe atender a varias cuestiones: la primera, la perspectiva social (es decir: cuál es el contexto en que esos medios comienzan a generarse y con qué propósitos); la segunda, una perspectiva económica (cómo se constituye una actividad que otorga rentabilidad y que legitima una visión de la época); la tercera, creo que estaría referida a los contenidos (son locales, regionales, multiculturales, o con discursos y formatos globales).

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Sería posible en la medida en que se planteara un interés por la transversalidad de las experiencias. En este sentido, los estudios subalternistas o poscolonialistas han marcado similitudes importantes entre producciones culturales (las modas, los consumos materiales, algunos consumos culturales) y allí se rompe la idea de historia nacional. Analizar las implicaciones entre los medios a nivel regional es una tarea interesante, creo que el límite es el problema de la conformación de fuentes. En una mesa



sobre historia cultural de las Jornadas de Historia Interescuelas del año pasado se trató el tema de las implicaciones comunes del análisis de los medios en Argentina, Brasil y Chile, por ejemplo. Porque hay elementos en común: la relación con Europa – en sus inicios –, la importación de formatos con éxito comprobable en el exterior, por ejemplo; y el arribo de las grandes empresas para la instalación de los nuevos soportes sonoros del siglo XX como fonógrafos o aparatos de radio. Quizá, alentar a la constitución de redes, permitiría desarrollar experiencias con estructuras comparativas más amplias.



Andrea **Matallana** es licenciada en Sociología (UBA), master en Investigación en Ciencias Sociales (UBA) y doctora en Historia (UTDT). Se desempeña como profesora de Historia, Política y sociedad en Argentina, en la Universidad Torcuato Di Tella. Ha publicado los siguientes libros: *Humor y Política* (EUDEBA 2000), *Locos por la radio* (Prometeo 2006), *Qué saben los pitucos. La experiencia del tango 1910-1940* (Prometeo 2009) e *Imágenes y representación* (Aurelia Editores 2009).

Mónica Maronna

Universidad de la República | Uruguay

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Con los comunicadores ocurre lo mismo que con los economistas, tienen tanta presión por identificar el rumbo posible del presente, que se sumergen en la inmediatez sin sospechar que muchas veces, dentro de los procesos más recientes, no todo es tan nuevo como parece. Y aun lo realmente nuevo adquiere mayor significado si se logra analizarlo dentro de un contexto más amplio en el espacio y en el tiempo. El conocimiento histórico, menos apremiado por trazar un plan para el futuro inmediato, introduce una pausa reflexiva en medio de este intenso fluir de datos, imágenes y fragmentos del presente, con el propósito de hacer más inteligible la realidad.

Resulta verdaderamente apasionante y desafiante comprobar que se es protagonista de un momento de inflexión en la historia, aunque todavía no se sepa con certeza la magnitud de ese cambio y de qué modo seguirá operando. La distancia cultural entre las generaciones aumenta cada vez más en menos tiempo. Por ejemplo, las prácticas de lectura y escritura permanecieron más o menos estables durante varias generaciones pero hoy están profundamente removidas y se percibe su impacto en distintas áreas. Leila Macor, una escritora venezolana, expresó recientemente un juicio compartible: “No soy la única que ya no lee ningún artículo hasta el final: en esa forma inconclusa de consumir está la base del cambio cultural generado por la Web 2.0”. Con una buena dosis de humor, describe la conformación de una “personalidad digital múltiple”: “Empecé a sentir que esto no podía ser normal cuando me vi a mi misma deprimida por chat, eufórica en Facebook, organizando una alegre salida por mensaje de texto, posteando una reflexión aséptica en Twitter y hablando de cocina por teléfono, todo al mismo tiempo. Me reí al darme cuenta de que estaba llorisqueándole un drama a un amigo en Messenger mientras le respondía entusiasmada a alguien por SMS: *jaa! Buenazo, vamos!*” (El País Cultural, Diario *El País*, Montevideo, 20 de agosto, 2010, p 12). Las preguntas que sugiere esta realidad conducen a interrogarse sobre la

dinámica del cambio cultural, sobre la relación entre medios, sociedad y cultura y sobre una nueva definición del espacio público y privado. Asimismo, una pausa reflexiva ante el aluvión de datos pone en evidencia la persistencia de algunos trazos y continuidades con expresiones culturales de siglos anteriores. En algún sentido, podemos ser contemporáneos de los lectores de la *Bibliothèque Bleue*, de



las detalladas crónicas policiales que circulaban en forma de “ocasionales” o de la renovada prensa del siglo XIX.

Y en la dirección opuesta, junto con la continuidad, es posible observar el cambio brusco, impensable, a veces inesperado pero nunca aleatorio.

¿No fue acaso el teléfono una innovación pensada para mejorar el telégrafo? En 1876, muchos contemporáneos creían que la “voz directa transmitida a distancia” era una extravagancia reservada para unos pocos hombres de negocios. Nadie podría haber vaticinado su éxito, su despliegue, su movilidad y menos aún el hecho de que en el siglo XXI el uso más frecuente sería para escribir, otra vez, “telegramas” sólo que personales, privados, sin mediación ni código Morse. Ese espacio de lo “inesperado pero no aleatorio”, al decir de Patrice Flichy, dirige la mirada sobre las maneras en que una sociedad se relaciona con las tecnologías. Las interrogantes no admiten respuestas sencillas porque se centran en los usos sociales y en las prácticas culturales cuyo estudio, además de necesario, aporta claves interpretativas significativas.

En América Latina los estudios históricos sobre los medios revelan desarrollos muy dispares, incipientes en algunos ámbitos y con más tradición en otros. Pero un común denominador es el predominio del universo de lo impreso en relación a los abordajes que tienen como objeto la radio o la televisión, fenómeno muy comprensible si se toman en cuenta las concepciones acerca del trabajo del historiador y los prejuicios de los intelectuales respecto a la masividad y sus efectos negativos sobre la cultura. La prensa, en cambio, goza de otra legitimidad porque ha estado



relacionada con el quehacer intelectual y literario. Además, claro está, existe una razón práctica porque es una fuente materialmente disponible, está completa, se puede consultar y recorrer para volver a ella una y otra vez. Pero aun así, requiere hoy nuevas preguntas acerca de sus condiciones de producción, circulación y consumo. Sobre la radio y la televisión existe menos conocimiento acumulado. Y por si fuera poco, el “viejo oficio” también tiene que contrariar la percepción acerca de los escasos resultados alcanzables de quienes consideran que no hay nada para agregar sobre la radio o la televisión en América Latina. Muchas veces detrás de esta indiferencia sobre el pasado subyace una noción de medios exclusivamente contruidos desde los centros de poder y, por lo tanto, nada original se obtendrá como resultado su estudio.

En tiempos en que se debate sobre el fin de los medios masivos, resulta para muchos un esfuerzo ocioso empezar a ocuparse de su historia. Aun si la historia no pudiera aportar nada a los debates actuales –algo muy poco probable- igual valdría la pena

conocer cómo llegaron a ocupar el lugar central que adquirieron. En realidad, habría que plantearse si es posible comprender cabalmente el siglo veinte sin ocuparse del cine, la radio, la televisión, las revistas o los diarios. Cada generación ha crecido con algún emblema distintivo asociado a los medios, al recuerdo de un evento televisado, las idas al cine o la escucha de su programa preferido. Desconocer su trayectoria resta posibilidades de comprender el pasado o, dicho de otro modo, su ausencia como objeto de estudio deja sin consideración ejes centrales y decisivos de la cultura, la sociedad, la política y la economía.

Paradójicamente, el desinterés por la historia de los



medios convive con la eclosión de su memoria al colocar en escena los viejos éxitos exhibidos como trofeos muy preciados. El radioteatro, las fonoplateas, las seriales o los teleteatros son evocados en forma permanente como parte de un pasado idealizado. Se trata de los mismos géneros y formatos que los contemporáneos criticaban por considerarlos factores de “embrutecimiento cultural”, “poderosos narcotizantes” y “trasmisores de ideología dominante”. Además de estudiar los medios, vale la pena estudiar su memoria, considerada ésta como objeto de análisis. Probablemente obtendremos más de este presente que de aquel pasado.



2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Una pregunta previa remite a conocer quiénes se han ocupado de narrar la historia de los medios. A esta zona se ha llegado desde diversos ámbitos, desde la comunicación, las letras, la historia o desde los propios protagonistas. Este abordaje múltiple parte de la urgencia por cubrir un vacío que, aunque generalizado, se hace más notorio para América Latina. Marca también, el contorno saludablemente indefinido y plural de este campo de investigación. En gran medida la historia cultural se convirtió de hecho en la zona de encuentro que no casualmente hizo posible la confluencia de aportes diversos. Raymond Williams, Peter Burke, Roger Chartier, Carlo Ginzburg, Michel de Certeau, Pierre

Bourdieu, son algunos de los tantos referentes presentes en cualquier biblioteca de quienes se ocupan de estos temas.

¿Es la historia de los medios un campo específico? Aunque probablemente desde la academia se señale y se cuestione acerca de la pertinencia de más “historia en migajas”, es real que su estudio requiere instrumentos diferentes a los que está acostumbrado el historiador. La historia de los medios puede ser la de cada uno de ellos, o puede ser la de sus productos, o la de sus públicos o la de los agentes que lo hacen posible o, quizás, todo esto y mucho más a la vez. Por ahora, se trata de un territorio poco transitado donde es posible construir con solidez, con paciencia, con aportes múltiples y es también una fuente de recursos para responder nuevas preguntas. Los medios son objeto de estudio y a la vez son fuentes de conocimiento.

En América Latina queda mucho camino por recorrer y muchas áreas que merecen ser revisadas a la luz de nuevas preguntas. Empezar por trazar el mapa podría despejar el camino para avanzar en él. Resulta inevitable que en muchos casos, el trabajo empiece desde cero y por tanto reconstruir los hechos con datos “puros y duros” resulta una tarea imprescindible. Optar por los momentos fundacionales puede aportar pistas interesantes y extender líneas comparativas siempre que estén libres del “mito de los orígenes” o de la recurrente mística de la “excepcionalidad”



de cada caso en particular. Constituyen tramos donde se dilucidan la mayor parte de los dilemas y se configuran rasgos nuevos. Conforman momentos de transición apropiados para analizar los ensayos técnicos, observar las decisiones que adoptan los agentes públicos y privados, conocer cómo experimentaban los géneros, ponerle nombre a lo que ocurre (¿radiotelefonía, radiodifusión, *broadcasting*?); ubicar lo nuevo (¿quién se ocupa de las ondas?); revisar la legislación (¿a quién pertenecen las ondas?); ¿De dónde salieron los primeros empresarios? ¿Cómo se crearon los públicos? ¿Cómo se crearon sus preferencias? ¿Cómo se formaron los que trabajan en ella? Muchas son las interrogantes posibles acerca de la convivencia de lo “nuevo” y lo “viejo” y ninguna de las respuestas deriva naturalmente de las condiciones técnicas, sino que se construye como parte de la dinámica histórica. En paralelo a los tramos fundacionales, resultan cautivantes los presagios de naufragio o, si es el caso, el naufragio mismo. Sorprende la cantidad de anuncios de inexorables finales tanto como la comprobación de la capacidad para el cambio que desarrollaron los propios medios. Su capacidad de coexistir y transformarse es uno de sus rasgos más perdurables. Lo interesante es ponerlos en relación con la cultura y sociedad y comprobar que no todas las dimensiones se mueven en un mismo ritmo. Los empujes y los usos sociales que a menudo redireccionan los usos originales superan cualquier pronóstico y por eso vale la pena conocerlos.

Dos recaudos merecen la atención. En primer lugar, es imprescindible no aislar los medios del contexto global del que forman parte porque no actúan aisladamente. En segundo lugar,



EL DERECHO DE NACER



es necesario considerar el problema de las fuentes y el acceso a los archivos que constituyen uno de los puntos cruciales sobre todo para las investigaciones en radio y televisión. Los problemas actuales no son más que un preanuncio de las dificultades de los archivos del futuro. ¿Resistirán los cambios de soporte? ¿Cómo se conserva y se preserva? ¿Qué conservar?

Otro desafío nada menor es cómo comunicar lo que se investiga. Parecería existir una incompatibilidad congénita entre el conocimiento académico y la posibilidad de comunicarlo. Los medios fragmentan, apremian, y la historia se resiste a las respuestas sencillas, unidireccionales y mientras tanto otros saberes ocupan ese lugar sin tanto conflicto. Pero cómo comunican los investigadores -y más en estos tiempos intensos y “apurados”- es harina de otro costal.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Una visión nacional de la historia empobrece su mirada y ha sido el resultado de un modo particular de construir un relato, por tanto nada impide que cambie. En materia de medios de comunicación es poco probable que una historia exclusivamente nacional sea suficiente para responder las preguntas porque su trayectoria desborda cualquier límite. Las fronteras no son marcas territoriales que definen *a priori* una pertenencia, sino que son una construcción histórica y por tanto forman parte de una dinámica identificada por sus prácticas sociales y culturales.



Esto plantea un asunto que requiere ser atendido muy especialmente porque si se acuerda que las historias nacionales no ayudan a comprender, se vuelve imprescindible resolver su sustitución. Se puede fundamentar largamente por qué es necesario escapar de las historias nacionales. Indudablemente resulta más rendidor y apropiado en términos de conocimiento. Proclamarlo es sencillo, resolverlo en forma consistente y viable

es más complejo porque historizar implica trabajar dentro de las coordenadas espacio-tiempo. Un camino poco explorado pero probablemente muy alentador podría llevar a pensar asuntos en términos regionales. Cualquiera de los países latinoamericanos, aun los que aparentan ser más homogéneos, admiten estudios por regiones culturales. Desde Montevideo es impensable estudiar los medios sin articularlos, al menos, dentro del espacio cultural rioplatense del que siempre formaron parte en forma muy natural y fluida. El consumo de cine y después la televisión contaron siempre con un alto nivel de consumo y un bajo desempeño en materia de producción. El cine mexicano, por ejemplo, formó parte del repertorio de la cultura popular uruguaya tanto o más que el cine argentino.

En suma, una historia de los medios requeriría problematizar las “historias nacionales”.

Mónica **Maronna** se desempeña como profesora en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República de Montevideo. Es docente egresada del IPA e historiadora. Autora y coautora de libros y artículos de historia de los medios e historia social y política. Desarrolla su tesis doctoral en la UBA sobre *Historia de la radio en Uruguay 1922-1956*.



| encuesta |

Micael Herschmann

Universidad Federal de Río de Janeiro | Brasil

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Es indiscutible la importancia socioeconómica y política de la historia de los medios de comunicación para las sociedades latinoamericanas. Aun viviendo un proceso de ampliación de ciudadanía en sus respectivos países (o sea, aun enfrentando contextos marcados por la desigualdad y exclusión social), la construcción de una historia de la comunicación rigurosa (y valiente) se presenta -para los actores sociales- como un paso importante para la revisión de la historia de América Latina en los últimos siglos y para la ampliación de un imaginario social más democrático. Como ya fue resaltado por muchos teóricos del área, hay numerosos desafíos a enfrentar en la construcción

de una historia de los medios de comunicación en América Latina. Podrían mencionarse los más evidentes, tales como: a) poco interés y/o apoyo público o privado para la construcción de este tipo de historia; b) inexistencia o precariedad de los acervos en los cuales está depositada la documentación; c) nivel de instrucción o desinterés de la población por este tipo de temática (o inadecuación de la manera como es presentado este conjunto de enunciados/contenidos al público). Entretanto, me incomoda que continuemos –después de tantos debates ya realizados en el campo de la comunicación de las últimas décadas– con una historia excesivamente centrada: a) en la historia de los vehículos de comunicación en sí (enfocada en la estructura económica o en los contenidos ideológicos y no en las mediaciones); b) o apenas en el proceso de recepción de los contenidos mediáticos. Carecemos de investigaciones de Comunicación que retomen de alguna forma la agenda ampliada de los Estudios Culturales Británicos y que trabajen –como proponía Stuart Hall– no sólo con los *codes*, sino también con los *decodes* presentes.



2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Considero de suma importancia la organización y desarrollo de proyectos internacionales de historia de los medios de comunicación que involucren a investigadores de diferentes países de América Latina. Es muy importante que podamos construir estudios comparativos y metodologías de investigación integradas. Especialmente en este momento en que la industria de los medios de comunicación (y evidentemente el mundo) están

globalizados, estas investigaciones de gran porte –involucrando redes de investigadores– adquiere una relevancia estratégica enorme. Pueden ofrecerse como ejemplo los desarrollados por Orbitel (Observatorio Iberoamericano de Ficción Televisiva) por la CIESPAL (Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina), por el Observatorio de Cultura de OEI (Organización de Estados Iberoamericanos), entre tantos otros que, felizmente, vienen siendo implementados en los últimos años. Son ejemplos de estudios interesantes, de esta envergadura y que podrían generar resultados muy significativos en breve.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

No sé si deberíamos “escapar de las historias nacionales”, porque hay consecuencias importantes a tener en cuenta.

En realidad, muchas veces las nuevas generaciones de

investigadores, de cierta manera, hacen eso. Algunos que estudian la relación de la sociedad con las nuevas tecnologías digitales des-territorializan y muchas veces “presentifican” sus objetos de investigación. Frecuentemente, analizan casi de forma exclusiva la recepción que los actores sociales hacen de los nuevos medios (especialmente aquellos que involucran el empleo de los medios de comunicación alternativos e interactivos) como si estos vehículos no estuviesen insertos en una maraña de



intereses, no estuviesen implicados en un contexto sociopolítico económico (marcados por históricas tensiones y articulaciones entre actores sociales e instituciones) o como si no tuviesen que relacionarse con los medios tradicionales.



Considero que un trabajo riguroso de historia de la comunicación necesariamente debe trabajar dentro de una perspectiva: a) que privilegie no sólo las rupturas sino también las continuidades en los diferentes procesos que implican actores e instituciones; b) comprometida con los intereses sociales de su colectividad (con la construcción de un análisis crítico) y, por lo tanto, el análisis del contexto nacional, aunque no exclusivo, es imprescindible hoy (justamente en un mundo globalizado). Los investigadores de comunicación pueden subsidiar –con sus estudios y reflexiones– acciones de los actores sociales que no están centradas en lo nacional (pueden privilegiar una articulación de lo local con lo global o inclusive con lo macrorregional, tal como sugiere García Canclini –en la compilación titulada *Industrias Culturales en la Integración Latinoamericana*- al proponer un “Federalismo Regional” como alternativa), pero no deberían perder de vista los procesos históricos de sus respectivos países en América Latina.

Micael **Herschmann** es profesor e investigador del Programa de Postgraduación en Comunicación de la Universidad Federal de Río de Janeiro y coordinador del Núcleo de Estudios y Proyectos en Comunicación (NEPCOM) de la Escuela de Comunicación de la UFR. Ha publicado *Comunicação e História: Interfaces e novas abordagens* (2008), en colaboración con A.P. Goulart.

| encuesta |

Celia del Palacio

Universidad de Veracruz | México

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

En el año de los bicentenarios, una pregunta sobre la necesidad de la historia es sin duda relevante. Estoy convencida de que un análisis de los medios de comunicación actuales que no tome en cuenta a la historia, es un análisis incompleto y que corre el peligro de tomar como única verdad a lo inmediato. Muchos de los fenómenos que se presentan en los medios de comunicación actuales tienen sus raíces y sus explicaciones en el pasado. Sin embargo, emprender una historia de los medios, implica enfrentar un enorme desafío: las fuentes. En muchos lugares las fuentes documentales han desaparecido y los testigos presenciales han muerto. ¿Cómo reconstruir la historia a partir



de series incompletas, indicios, pistas...? Se vuelve imprescindible acudir a los métodos menos tradicionales y utilizar al máximo cada atisbo, cada susurro, cada documento existente.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Creo que un proyecto de esta magnitud debería encararse de manera colectiva (por supuesto) y de manera interdisciplinaria. Es decir, con un equipo de historiadores, comunicólogos, sociólogos, literatos de diversas nacionalidades. Habría que revisar si las periodicidades tradicionales son útiles y dependiendo de ello, abordar la historia con una periodicidad adecuada.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Yo creo que es necesario plantearse seriamente esta pregunta, ya que por un lado, la historia política de cada país influencia de manera determinante a los medios de comunicación, pero por otro lado, las fronteras mismas están determinadas históricamente: los países actuales no existían hace doscientos



años y las fronteras de muchos de ellos han cambiado en ese lapso. En la actualidad, la nación, la región y las fronteras están en el centro de los debates. Las fronteras híbridas, las migraciones, el multiculturalismo y la interculturalidad ponen en duda muchas de las verdades indiscutibles del pasado, incluso para el caso de la historia de los medios de comunicación. Asimismo, los nuevos nacionalismos estudiados ya por varios investigadores de los medios, terminan de convencerme de que el asunto no es nada fácil y que cualquier respuesta que diera ahora sería simplista y cuestionable. En primera instancia podría sostener que el concepto “región” sería más útil, incluso en el estudio de la larga duración en América Latina.

Celia **del Palacio** es doctora en Historia por la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y presidenta fundadora de la Red de Historiadores de la Prensa en Iberoamérica. Coordina el Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana. Ha coordinado 10 libros colectivos sobre Historia de la prensa y de la cultura impresa en México.

Esther Hamburger

Universidad de São Paulo | Brasil

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Es grande el interés que una –o más- historias de los medios en América Latina presenta para la Historia mundial y para la historia nacional de los medios, en particular la historia de la televisión y del cine. Estudios como los de John Sinclair sobre la televisión y los de Ella Shohat y Robert Stam sobre el multiculturalismo y los medios, especialmente el cine, sugieren que abordajes transnacionales pueden revelar especificidades sobre la inserción de esos medios en el continente. La historia de la telenovela, en particular, con sus raíces en la Cuba pre-revolucionaria y con sus circuitos que promueven la circulación de guiones y videos con alteraciones para adecuaciones nacionales tiene mucho que

revelar sobre las articulaciones entre géneros, industrias y cultura política. La historia de los Nuevos Cines (Cinemas Novos) que en los años 60 y 70 propusieron en diversos países de América Latina formas revolucionarias en busca de articulaciones entre arte y transformación social puede servir para retomar esos desafíos. Vale la pena recordar que, al menos en el caso del cine y de la televisión, las diversas aproximaciones críticas son relevantes para la comprensión de cambios estilísticos, que a su vez expresan cambios más amplios.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Considero que diversos proyectos de historia de los medios en América Latina son bienvenidos y pueden contribuir a elucidar diversos pasajes históricos. Creo que, entre los diversos medios, las especificidades de lenguaje marcan diferencias porque sugieren periodizaciones diversas. En el caso de los medios audiovisuales, la forma y las articulaciones sociales que expresa son relevantes para la comprensión de diversas inserciones a lo largo del tiempo. En el caso de la prensa escrita, ocurre otro tanto, pero los períodos y los estilos poseen su propia especificidad.



3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Siempre es posible hablar de historias nacionales y creo que es desde ese enfoque que los estudios están más desarrollados. Sin embargo, estudios transnacionales y continentales desafían los estudios nacionales en la medida en que sugieren que procesos



que parecían únicos pueden no ser tan originales. Es el caso, por ejemplo, de la configuración familiar de diversas empresas del sector mediático en América Latina. Por otro lado, historias nacionales también pueden provocar *statements* considerados válidos para todos los medios en todos los momentos históricos y lugares del mundo. Es, por ejemplo, el caso de la idea de que la televisión nivela para abajo, desmentida por la experiencia de la TV brasilera en los años 1970 y 1980.

Esther **Hamburger** es crítica y ensayista. doctora en Antropología por la Universidad de Chicago y actualmente profesora del Departamento de Cine, Radio y TV de la ECA USP y directora del CINUSP "Paulo Emílio". Es autora del libro *O Brasil Antenado, a Sociedade da Novela*, además de diversos artículos en compilaciones y revistas especializadas.

| encuesta |

Gilberto Eduardo **Gutiérrez**

Universidad Javeriana | Colombia

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Lo primero que considero central es aclarar que veo una continuidad más que una separación entre la “hipótesis de las mediaciones” y la construcción de una historia de los medios. Creo que lo clave es que pensar desde los medios y pensar los medios desde las mediaciones ofrecen posibilidades de hacer dos historias que son distintas y complementarias: una historia de los medios y una historia de la comunicación.

La historia de los medios se pregunta por la manera en que éstos -como artefactos, como tecnologías, como hechos sociales, como escenarios de narración y representación de lo social, como industrias, etc.- han ido transformándose y han ido transformando



a la sociedad. En esta dirección creo que un reto está en superar la perspectiva unidimensional que pone el hecho de pensar cada medio solo, para que al abordar una perspectiva de “sistema de medios”, se pueda pasar de la historia del medio a la historia de los medios e interrogarse de manera transversal y compleja por sus rasgos particulares y por sus tensiones y procesos con otros medios y con la manera en que configuran y son configurados en contextos particulares temporales y espaciales.

El segundo reto está en que la historia de los medios supone una multidimensionalidad que debe plantearse lecturas integrales al menos en dos perspectivas: atender tanto a la dinámica que va del medio como artefacto y tecnología a sus lógicas de producción, las formas en que es usado y apropiado a lo largo del tiempo, como la de superar las historias nacionales (sobre todo en América Latina) para poder ver no sólo la comparación entre procesos nacionales, sino lo que en otro espacio he llamado los ríos profundos de la comunicación y sus memorias compartidas. Es decir, los hilos que unen a la región en el proceso de expansión de los medios y la dinámica de los sentidos que fluyen, se

representan y se consolidan en ese territorio amplio: dinámicas de intercambio, de préstamo, de mezcla, de inmersión, etc.

Hay un interés clave en hacer una historia desde este espacio y es la de convocar por un lado a una relectura de la sociedad desde la comunicación que permita enriquecer las comprensiones y explicaciones que se tienen de las historias nacionales y regionales. Lo segundo tiene que ver con el hecho de hallar en la historia pistas para la recreación de los presentes y futuros, de la construcción de políticas y patrimonio y por supuesto de los modos de ser y hacer de la comunicación y sus agendas y narrativas en el presente.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Un proyecto a mi manera de ver se encarnaría en dos tipos de acciones clave: un proyecto de recuperación de memoria tanto de los medios como de la gente, las audiencias y los procesos sociales que permitan constituir un gran centro de la memoria y segundo, un proyecto colaborativo y en red que permita trazar



representaciones complejas y ricas que den cuenta del flujo de artefactos, formas y sentidos que trazan los ríos profundos de los medios y la comunicación en América Latina.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

No sólo posible sino necesario. Por lo que he señalado antes, lo clave de la investigación de historia de los medios debe integrarse a una pregunta por el “sistema-mundo” de la comunicación y por las tensiones y luchas que van configurando espacios comunicativos locales, regionales y globales.

De otra parte, quisiera dejar señalado que realmente hay una entrada en los estudios de historia y comunicación que podrían aproximarse a una historia de luchas por el sentido para asimilarse, más que a una historia social de la comunicación, a una historia comunicativa de la sociedad.

Gilberto Eduardo **Gutiérrez** es director del Departamento de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Sus campos de trabajo se centran en los cambios culturales en la era digital, las relaciones entre comunicación y educación, las experiencias de comunicación y cambio cultural y la historia y memoria de la comunicación. Ha publicado *Comprender la Comprensión* (Ríos de Tinta; México 2008), y más de 30 artículos en libros colectivos y revistas especializadas.



| encuesta |

Claudia Irene **García Rubio**

Instituto Tecnológico de Monterrey | México

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

El interés de contar con una historia de los medios en América Latina es el interés del conocimiento mismo y que desde luego permitiría comprender este importante ámbito, íntimamente ligado con nuestros regímenes políticos en la región.

El principal desafío que nosotros observamos al emprender una investigación sobre la historia de la prensa (impresa exclusivamente) en numerosos países de América Latina fue la falta de una bibliografía completa en la materia. Cabe señalar que algunos países han desarrollado de manera completa la historia de los medios, mientras que otros tienen estudios iniciales. Un segundo problema fue aproximarnos adecuadamente a la



historia de cada país desde México, evitando los prejuicios y estereotipos que a menudo nos invaden.

A pesar de lo anterior, someteremos a su consideración el libro titulado *La prensa en el mundo*, en el que hacemos una radiografía de la prensa en más de 30 países, de los cuales nuestra región ocupa la mayor parte. Un apartado de cada país está destinado a la historia de la prensa.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Desde mi perspectiva, hay que crear redes de trabajo en la región, en donde investigadores ya consolidados desarrollen la historia primero de cada país, observando los mismos criterios, y en un segundo tiempo se pueda hacer el estudio de la historia de una prensa regional. A partir de nuestras investigaciones existen desde luego rasgos comunes y etapas semejantes en la historia de los medios de nuestros países.

3. ¿Es posible escapar a las “Historias nacionales” en este campo?

Las historias nacionales, desde mi perspectiva, son necesarias para después emprender el estudio de posibles historias regionales. Me parece importante subrayar que la historia de los medios es compleja: prensa, cine, radio, televisión y ahora internet requieren del trabajo colectivo de investigadores comprometidos con el eventual proyecto.

Un eventual estudio de la historia de los medios en América Latina sería necesario para la región y de gran relevancia. Personalmente he trabajado con la prensa y con la televisión en América Latina y desde luego resultaría apasionante colaborar en una investigación en la materia. Si bien no soy historiadora, la historia siempre ha guiado nuestros estudios e investigaciones.

Claudia Irene **García Rubio** es doctora en Ciencias de la Información y la Comunicación por la Universidad de París II – Panthéon-Assas. Ha sido directora de carrera de Ciencias de la Comunicación y desde 2004 es profesora de tiempo completo del Departamento de Comunicación y Periodismo del Tecnológico de Monterrey - Campus Ciudad de México. Entre sus publicaciones se destacan: *La prensa en el mundo (dir.)*. México: Fragua San Pablo, 2010; *Democracias de opinión. Medios y comunicación política en las elecciones mexicanas, 2006* (coord.). Buenos Aires: La Crujía, 2007; *Para entender la televisión en México*. México: Fragua San Pablo, 2008.



Luiz Artur Ferraretto

Universidad Rio Grande do Sul | Brasil

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

El gran desafío es la existencia de aproximaciones, divergencias y contrastes y la necesidad de identificarlas. América Latina -como área de economía subdesarrollada y dependiente en relación a los países del llamado Primer Mundo- posee, como dato unificador, industrias culturales con notable influencia de España y/o de los Estados Unidos. La diversidad cultural, económica, política y social hace que la presencia de empresas, estándares y productos, oriundos en especial de estos dos países, se dé también de formas diferenciadas. El propio idioma explica algunas divergencias. Si el capital español circula en el sector en países como Argentina y México, lo mismo no ocurre, con intensidad semejante, en Brasil.



La diferencia está en el origen, en los tiempos coloniales. Mientras la prensa en el área bajo control de España llegó mucho antes, Brasil sólo vería su primer periódico en el siglo XIX. Con la creciente influencia cultural estadounidense en el país, después de la Segunda Guerra Mundial, ampliada en especial en el plano político, en los dos decenios de dictadura militar post 1964, los medios de comunicación tienden a adoptar crecientemente estándares de organización empresarial y producción de contenidos semejantes a los de sus congéneres de América del Norte. Asimismo, ocurrieron adaptaciones de modelos oriundos de los Estados Unidos a las realidades regionales de Brasil. Son cambios, a veces con alto grado de sutileza, a veces de tal orden que, al observador más desatento, se le presentan sin relación con el origen al diferenciarse en gran medida de éste. Hay, por lo tanto, particularidades que tendrían relieve si fuesen estudiadas de modo comparativo con otras verificadas en los demás países latinoamericanos.

Tener conciencia de esta realidad también pasa por la identificación de las diversas vertientes de los estudios históricos que tienen por objeto la Comunicación Social y/o sus particularidades. En este sentido, cabe recordar lo expuesto por Michael Schudson,

para quien los trabajos con enfoque histórico son de tres tipos: (a) historia de las instituciones; (b) macro-historia y (c) historia propiamente dicha. El primero cuestiona de qué modo se desarrolló ésta o aquella institución. Schudson alerta, sin embargo, que los estudios exclusivamente dentro de este enfoque ignoran el impacto sobre la sociedad y corren el riesgo de convertirse “en un desfile de personajes y readequaciones organizativas”. Ya el enfoque histórico propiamente dicho procura huir de esta reducción y se diferencia en lo referente a la macro-historia: Considera la relación de los medios de comunicación con la historia cultural, política, económica o social y aborda la pregunta ¿de qué modo influyen los cambios en la comunicación y cómo se ven influidos por otros aspectos del cambio social? Allí donde la macro-historia se interesa sólo por lo que la comunicación nos dice acerca de alguna otra cosa (la naturaleza humana, “el progreso”, la “modernización”), la historia propiamente dicha trata de lo que la comunicación nos dice acerca de la sociedad y lo que la sociedad nos cuenta de la comunicación o ambas cosas a la vez (Schudson, 1993, p. 214).

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

La actual visión, fluida y particularizada, de la historia de los medios de comunicación en América Latina dificulta el propio desarrollo de una comprensión más amplia de las industrias culturales en un cuadro creciente de convergencia digital y de globalización del capital. Es una necesidad apremiante que pasa, seguramente, por proyectos integrados y volcados a la identificación de las líneas generales del proceso histórico. Resulta importante analizar proximidades y distanciamientos de los objetos de estudio en sus contextos nacionales o regionales específicos. Éste sería un punto inicial que permitiría conocer mejor, por ejemplo,

influencias externas a América Latina, trazando conexiones entre los procesos históricos de cada país y de éstos con los del mundo occidental.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Es posible. Las historias nacionales deben ser vistas, sin embargo, como el punto de partida. Creo que la identificación de las líneas generales del proceso histórico sería el primer gran objetivo. Un objetivo que debe ser confrontado con sus orígenes en todo momento, sin perderlas de vista. Hay diferencias culturales significativas entre los varios países latinoamericanos. De hecho, en América del Sur y Central existen los frutos de una colonización no española o portuguesa que, en condiciones ideales, deben ser incluidos en el estudio. La propia divergencia de origen –sea en relación a esas naciones, sea entre cada país de raíces hispánicas o lusas– reflejada también en la Comunicación Social puede explicar mucho de lo que somos. Se observa que aún hay que considerar el inmenso abanico de influencias oriundas de las culturas nativas y de aquellas que vinieron subyugadas –como las de origen africano– o por la inmigración –alemanes, italianos, japoneses–. Creo que el mapeo histórico de la comunicación debe realizarse, por lo tanto, sin ignorar las diferencias y considerando los contextos culturales, económicos, políticos y sociales.

Luiz Artur **Ferraretto** es coordinador del Grupo de Pesquisa Rádio e Mídia Sonora de la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação (2007-2010). Profesor de Comunicación Social de la Universidad de Caxias do Sul, Rio Grande do Sul. Doctor en Comunicación e Información por la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, de Porto Alegre. Autor de *Radio – El vehículo, la historia y la técnica*, *Radio en Rio Grande do Sul (años 20, 30 y 40): de los pioneros a las emisoras comerciales* y *Radio y capitalismo en Rio Grande do Sul: las emisoras comerciales y sus estrategias de programación en la segunda mitad del siglo 20*.



Luis César Díaz

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Sin duda alguna significa un desafío impostergable por la importancia del tema.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

En principio con un equipo interdisciplinario y, naturalmente, con recursos humanos y económicos.



3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Siempre es posible escapar pero, ¿qué objeto tendría dicha “fuga”, dado que sería de vital utilidad estudios en clave comparativa?

Luis César **Díaz** es doctor en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (2010). Se desempeña como profesor adjunto de “Historia del Periodismo y las Comunicaciones en la Argentina” en la UNLP y como profesor asociado de “Historia de la Comunicación” en la UNRN. Ha publicado los siguientes libros: *Una mirada periodística sobre la cotidianidad platense (1882-1900)*, 1999; *La Plata. Paseos públicos. Sociabilidad y ocio en la prensa (1882-1900)*, 2000; *La Cuenta Regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, 2002; *Intelectuales y Periodismo. Debates públicos en el Río de la Plata 1776-1810*, 2005; “*Combatiendo la ignorancia aprendida*”. *La prédica jauretcheana en la revista Qué (1955-1958)*, 2007 y *Nos/otros y la violencia política 1974 – 1982*, 2010.

Marialva Carlos Barbosa
Universidad Tuiti de Parana | Brasil

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

La historia de América Latina, construida en relación con un poder central colonizador, la multiplicidad racial que construyó una población con experiencias culturales específicas, la experiencia de esclavitud en muchos países, las guerras internas emprendidas en el sentido de construir una dominación duradera y las resistencias que existieron por todas partes, indican una especificidad histórica de estos países que, por sí sola, ya justificaría la construcción de una historia de los medios a partir de las experiencias culturales de estos territorios. Entretanto, todavía está por hacerse la historia de los territorios más específicos (construidos en torno de la idea de Nación).

Por lo tanto, el desafío es construir grupos de investigación transnacionales para que pueda pensarse la historicidad de los medios latinoamericanos como un cuerpo, respetándose las historicidades locales, pero pensando, al mismo tiempo, en las generalizaciones indispensables en un territorio que poseyó más convergencias que especificidades.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Ese proyecto es urgente e indispensable, por variadas razones. La primera de ellas tiene que ver con una idea de transnacionalidad que gobierna las reflexiones contemporáneas, ya que los enraizamientos están ocultos detrás de una lógica de construcción de un mundo en común. En ese simbolismo que existe en la contemporaneidad hay que pensar teóricamente más allá de la idea de Nación, una construcción del siglo XIX que ya no forma parte de la emergencia cultural del siglo XXI. Se ensanchan las fronteras y se necesitan especificidades que unan vastos territorios: ése es un poco el espíritu del nuevo siglo. Pero no sólo razones de naturaleza simbólica testimonian la actualidad de un proyecto de construcción de la historia de los medios en América Latina.

La especificidad histórica de ese territorio, el dominio de un sesgo analítico cuya centralidad se hacía a partir de una reflexión que adivina la matriz europea, cuya historia no guarda relación con los procesos latinoamericanos, son motivos no menos importantes para justificar la construcción de una historia de los medios a partir de la historicidad latinoamericana y de las culturalidades que se forman a lo largo de ese tiempo histórico.

Por lo tanto, hay que pensar en los procesos de comunicación que son específicos del territorio latinoamericano y cómo los mismos se desarrollaron en la duración. Pensando históricamente, por otro



lado, se pueden entender mejor los medios de comunicación y el papel que desempeñan, que es de una importancia cada vez más considerable en todos esos países.

La emergencia de nuevos medios, por otro lado, vuelve todavía más necesaria la construcción de esa historia común para que los procesos del presente sean entendidos como una especie de linaje de los procesos pasados, ya que en los medios de comunicación las rupturas son menos evidentes que las continuidades, lo que nos permite inclusive decir que en cada medio de comunicación permanece el antiguo, con sus experiencias borboteando en la escena cultural.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

La gran dificultad es exactamente sobrepasar los límites territoriales gobernados por la idea de Nación. Entretanto, si reparamos en el hecho de que la Nación es una construcción histórica de naturaleza eminentemente política y que sirvió a los intereses políticos de los dominantes en el siglo XIX, no sólo es posible sobrepasar esos límites, sino también proponer otra lógica explicativa a partir de los aportes dominantes en el siglo XXI. Desde el punto de vista del poder hegemónico sobresalió la construcción de un mundo en común, que sobrepasa la lógica de las fronteras nacionales y se construyó como global. Ese discurso hegemónico es construido no sólo a partir de la emergencia tecnológica, sino como un artefacto de poder, gobernado por la lógica político-económica del siglo XXI. Por lo tanto, desde el punto de vista político, las fronteras territoriales tuvieron que ser, en cierta forma, ensanchadas. Por lo tanto, también está dada la señal para que se refleje no sólo sobre la construcción de los territorios ensanchados, sino sobre un proceso cultural dentro de un territorio tomado a priori como ensanchado.

Se discute hoy la emergencia y la necesidad de la vuelta a una historia global, tal como fue escrita en el pasado una historia de la civilización occidental. Esa historia, entretanto, era gobernada por una visión eurocéntrica. ¿No sería ahora el momento de pensar en el ensanchamiento del territorio en dirección a una cultura común que nos hace latinoamericanos? ¿No sería el caso de pensar los medios de comunicación como un territorio que produce una amalgama histórica en esa región fronteriza/“desfronteriza”, con sus especificidades, experiencias y prácticas comunes?

Por lo tanto, si lo nacional fue relativizado en el siglo XXI por la emergencia política del concepto de global, hay que reconstruir lazos, y ¿no estarán tal vez esos lazos en los territorios específicos (micro, muchas veces), sino en la reflexión sobre un lugar que se hace latino, América, también por el discurso reiterado vía los medios de comunicación?

Pensar los procesos comunes, las semejanzas y las diferencias entre ese lugar simbólico grande (América Latina) puede ser una salida para sobrepasar fronteras creadas en otro momento histórico.

Escribir la historia de los medios latinoamericanos es también pensar en la construcción del concepto de América Latina. Vislumbrar las prácticas culturales comunes y específicas es percibir de forma pública el poder que fuera engendrado en una historia que se exhibe en escenas de larga duración.



Marialva **Carlos Barbosa** se desempeña actualmente como profesora del Programa de *Pós-Graduação em Comunicação e Linguagens* de la Universidad de Tuiuti do Paraná (UTP). Es doctora en Historia por la Universidad Federal Fluminense, profesora titular retirada de la misma institución, directora científica de la Sociedade de Estudos Interdisciplinares de Comunicação (INTERCOM) y presidente de ALCAR - Associação Brasileira de Pesquisadores de História da Mídia. También es investigadora de CNPq y de FAPERJ.

Patricio Bernedo Pinto

Pontificia Universidad Católica de Chile | Chile

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

El interés para nuestro continente radica en que los medios de comunicación han sido actores relevantes de nuestra historia, especialmente desde el inicio de los períodos de independencia nacionales. Evidentemente han pasado por distintas etapas, pero siempre han buscado su lugar en el denominado espacio público, en la discusión pública. Han compartido este espacio con otros actores (políticos, sociales, culturales, económicos, religiosos, científicos, entre otros), pero sobre todo han buscado influir en nuestras sociedades y también lucrar, dependiendo de cada caso. Con esos objetivos han desarrollado estrategias comunicacionales, periodísticas, tecnológicas, comerciales y

empresariales. Han definido sus líneas editoriales, sus mensajes y sus públicos, y han intentado generar sintonías con ellos. En este sentido, los medios de comunicación deben ser entendidos como actores sociales que intentan influir en la sociedad, pero que también diseñan sus estrategias de desarrollo con las influencias que la propia sociedad ejerce sobre ellos. Por lo tanto, su relación con la sociedad es dinámica y necesariamente va cambiando.

Tomando en cuenta la centralidad que los medios de comunicación han ido adquiriendo en nuestras sociedades y en el mundo, es posible plantear los siguientes desafíos para la historiografía de los medios de comunicación en nuestro continente. El primero apunta a generar un cúmulo importante de investigaciones que permita integrar y visualizar a la prensa, la radio y la televisión, entre otros medios, como partes fundamentales de un sistema comunicacional continental y mundial. El segundo, que se desprende del anterior, tiene relación con la necesidad de incentivar la realización de estudios históricos comparados, que permitan establecer un diálogo con la comunidad académica internacional y, especialmente, con la latinoamericana.

Desde esta perspectiva, se puede plantear la necesidad de superar los trabajos generales y meramente descriptivos en este campo historiográfico, que pueden ser muy útiles en la entrega de algunos datos relevantes, pero que en general tienden a aislar a los medios de comunicación de las sociedades en las cuales se insertaron, en las cuales fueron actores.

Otro punto importante tiene relación con ir superando ciertos desequilibrios en la disponibilidad de fuentes primarias para la investigación. Mientras que para la historia de la prensa a lo menos contamos con la mayoría de los periódicos que se han editado, en el caso del cine, la música, la radio y la televisión, este tipo de fuentes son relativamente más escasas. Un camino



para ir solucionando este problema, al menos parcialmente, es que las universidades concentren esfuerzos en la organización de archivos especializados en estas materias, y que también estén dispuestas a compartir estos acervos con los investigadores nacionales y extranjeros que los requieran.

Otro aspecto, igualmente importante, es el de ir complementando las perspectivas nacionales que han predominado en nuestro continente, lo que puede lograrse en la medida que vayamos incentivando grupos de investigación que privilegien historias comparadas. No quiero desconocer los avances que se han hecho en este sentido en los últimos años, pero pienso que aún nos falta mucho camino que recorrer en el desarrollo de esta perspectiva.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

Tal como acabó de expresarlo, el primer paso es ir complementando la perspectiva nacional, la mirada de Estado Nacional, con la que en general los historiadores tendemos a analizar los fenómenos históricos. En todo caso, no estoy postulando que esta mirada no sea válida; mi punto es que no es la única, pues los medios tienen también una dimensión de análisis local e internacional.

Un proyecto de historia de los medios en América Latina debiera ser, por su complejidad y extensión, de largo plazo, basado en una investigación de base sólida, rigurosa y monográfica, y estructurado sobre preguntas y problemas que integren las dimensiones de lo local, lo nacional y lo internacional. En la medida que vayamos construyendo una perspectiva basada en problemas historiográficos compartidos, podremos generar una historia de los medios de comunicación en América Latina verdaderamente comparada.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Pienso que es posible y además necesario. Mi punto al respecto, es que el desarrollo de los medios de comunicación debe ser analizado en un movimiento histórico que se inserta a lo menos en tres dimensiones no excluyentes: la del Estado Nacional, que permite analizar especialmente a los medios que tenían precisamente una cobertura nacional; la internacional, que posibilita detectar la adopción o adaptación de modelos editoriales, publicitarios, comerciales y también ideológicos, provenientes de otros países; y una dimensión regional y local, que facilita entender las dinámicas de los medios en un ámbito más acotado, pero menos abstracto y general que los casos anteriores, y en todo caso mucho más rico en las variables concretas de cada localidad y región. Por lo tanto, pienso que analizar la historia de los medios incorporando estas tres dimensiones puede enriquecer enormemente la profundidad y la extensión del análisis histórico de los medios de de comunicación y, sobre todo, posibilitar la ejecución de historias comparadas en nuestro continente y en el mundo.

Patricio **Bernedo Pinto** es doctor en Historia y se desempeña como profesor de la Escuela de Periodismo y del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su labor docente y de investigación está centrada en la historia económica de Chile, especialmente en los siglos XIX y XX. Entre sus publicaciones se encuentran “La Prensa durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático” (2003), “Nacimiento y desarrollo de la prensa periódica nacional en América Latina, siglo XIX” (2004) y “Balance de la Historiografía de las Comunicaciones en Chile” (2004).



Marco Antonio Villarruel

Universidad Central | Ecuador

1. ¿Qué interés y qué desafíos presenta una historia de los medios en América Latina?

Ocurre que hablar de la historia de los medios, y qué decir de la Comunicación, es recorrer la historia de la cultura humana en nuestro continente. Es ayudar a descifrar las claves de comprensión de los cambios culturales, del ir y venir de la influencia de los medios, del espejo que representan los avances tecnológicos y de cómo éstos gravitan en el uso tradicional y contemporáneo del tiempo libre. Comprender a los medios en su especificidad histórica es entender al periodismo, a la información y a la comunicación como fenómenos de la vida económica y cultural.

Desde las primeras manifestaciones rudimentarias y artesanales del periodismo hasta los grandes conglomerados industriales



no hacen sino decirnos que los medios no hicieron la historia, sino que son partícipes y testigos de la evolución de la economía. Siendo ellos mismos la demostración del impulso generoso para plasmar en el papel las ideas políticas, poéticas o religiosas, hasta ser un enviado especial a la zona de guerra, media el hecho fundamental de entender que el periodismo se convirtió en una poderosa usina que fabrica noticias y donde los periodistas no son los románticos de antaño sino los trabajadores de la pluma y la palabra.

La enseñanza de la historia de los medios nunca estuvo fuera de la preocupación de la academia en el Ecuador. De hecho, desde su creación en 1945, la entonces especialización de Periodismo de la Universidad Central del Ecuador creó la cátedra de Historia del Periodismo, mediante la cual hemos podido entender la evolución de los medios, la evolución del periodismo, el papel de



los periodistas en la política, en la diplomacia, en la construcción del pensamiento moderno contemporáneo ecuatoriano. De notarios diarios del acontecer cotidiano, los medios pasaron a ser un negocio rentable y ahora formidables actores de la política en algunos países. Frente a la ausencia de líderes políticos de fuste son los medios los que ocupan “la silla vacía” o la interlocución política. Pero no siempre fue así ya que en el apogeo de los gobiernos y economías liberales los medios eran más “la plataforma” que “la tarima”. Ambas cosas les ha dado un excelente resultado: ser del sistema o ir en contra de los llamados “neopopulistas” llena igualmente las billeteras de los propietarios. Y la cosa no va para el descenso porque la decantada debilidad de los medios impresos da paso a la fortaleza de los medios *on line*, pero la historia no se detiene y ya están los perspicaces estudiosos de los medios tratando de entender esta acción



camaleónica que no hace sino fortalecer el papel de los medios en la sociedad actual.

2. ¿Cómo encararía en la actualidad un proyecto de historia de los medios en América Latina?

En una forma dinámica, nueva y esclarecedora de conocer nuestra historia, que no solamente se la debe entender desde las llamadas formaciones económico-sociales, sino, para poner un caso, desde el estudio de los contenidos de los medios aparecidos a lo largo de nuestra nunca desconocida riqueza social. ¿Hemos caído en la cuenta, por ejemplo, de la riqueza de los avisos clasificados o de las crónicas costumbristas publicadas en los medios hace tantos años? ¿Acaso no nos sorprendemos del enorme papel jugado por las Actas Diurnas de Julio César para decir, por ejemplo, que es un importante antecedente del papel político de la información o de que fueron los inicios de las relaciones públicas?

Cuando conocemos que junto a las armas y a los soldados, el libertador Simón Bolívar cargaba con la imprenta, los tipos, el papel y los impresores, descubrimos que siempre los medios estuvieron en las manos de los que dirigían para ganarse la voluntad de los dirigidos. Y an cuando muchísimas veces los resultados no fueron los esperados, sin embargo ya los medios ayudaron a escribir la historia y a entender lo político del hombre americano.

3. ¿Es posible escapar a las “historias nacionales” en este campo?

Cierto es que aquel tufillo de las “historias nacionales” puede salpicar el intento de construir una Historia Latinoamericana de los Medios por aquello de adolecer todavía del carácter arbitrario de la delimitación de las fronteras. Nacimos desquiciados por la soberbia colonial y por la inocultable ambición de caciquillos locales con el beneplácito, además, de una insaciable iglesia. No obstante lo cual habrá que hacer alusión y contar con las historias locales, todas ellas llenas de imaginarios propios y muchas veces de acontecimientos memorables, como la instalación de las primeras imprentas, por ejemplo. Además hay mucha documentación oculta en las historias nacionales, sacudirlas del moho nacionalista o del cronologismo será un ejercicio muy saludable para las ciencias sociales.

Marco Antonio Villarruel es profesor de Historia de la Comunicación Social de la Facultad de Comunicación Social en la Universidad Central del Ecuador.

FIN
ES UNA PELICULA MEXICANA
DE
GALINDO HNOS.
MCMLII



| dossier |

Jorge B. Rivera



Rivera.

...AIDOS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN



Jorge B. Rivera (1935-2004) fue un ensayista prolífico sobre temas tan variados como el folletín, la historieta, el arte madí o la cultura popular. Sus aportes a la crítica literaria incluyen trabajos pioneros sobre la primitiva literatura gauchesca y sobre autores como Roberto Arlt, Horacio Quiroga o Jorge Luis Borges. Bajo una mirada superficial, esta enumeración puede parecer dispersa pero responde a un proyecto intelectual de enorme coherencia.



A través de itinerarios minuciosos, Rivera sostuvo una hipótesis sobre la fundación y la modernización de la cultura argentina. También delineó un mapa de objetos para pensar las condiciones materiales de la cultura y la identificación -o el enfrentamiento- del escritor con el pueblo y la nación. Transitó el linaje gramsciano del folletín, el policial y la aventura, e introdujo la historieta para reflexionar sobre las delicadas relaciones entre vanguardia y lectores populares.

A continuación, pueden leerse algunos artículos escritos especialmente para este dossier que intentan pensar los aportes de Rivera al campo del análisis cultural y un listado de sus obras que seguramente se encuentra incompleto pero que pensamos como un primer instrumento de trabajo que podrá ser mejorado en el futuro. Nos pareció un modo oportuno de introducir algunos ejes para el debate sobre la historiografía de los medios en Argentina. Porque se trata de uno de los primeros investigadores sobre este tema en el país y porque su modo de entender la relación entre medios y cultura nos parece particularmente productiva y compleja. Rivera fue, además, el primer titular de la cátedra de la que formamos parte quienes iniciamos el proyecto de **ReHiMe**. Su figura tiene una presencia fundamental para nuestras trayectorias y sus ideas son objeto de nuestra reflexión cotidiana. En algún sentido, este dossier es un pequeño homenaje, de la manera en que podemos entender un homenaje: como aquello que nos permite pensar cosas nuevas. En el sitio web de **ReHiMe** pueden hallarse digitalizados muchos de sus trabajos cuyas ediciones no resultaban accesibles en la actualidad.

http://www.rehime.com.ar/escritos/dossier/rivera_dossier.php

Se trata de dos iniciativas complementarias: ofrecer al lector sus trabajos y también algunas lecturas sobre sus obras.

Los artículos de Eduardo Romano y Jorge Lafforgue, quienes conocieron la amistad de Jorge Rivera y compartieron varios proyectos, se acercan a su figura desde el recuerdo. Eduardo Romano postula, desde el conocimiento de esa trayectoria personal, una hipótesis de interés sobre la

relación de Rivera con las vanguardias, las culturas populares y la política. El artículo de Pablo Alabarces recupera la figura de Rivera como “maestro” y discute la noción central de populismo en sus aportes a este campo. El trabajo de Alejandra Laera, especialista en temas sobre los cuales Rivera escribió trabajos pioneros como *Eduardo Gutiérrez o El folletín y la novela popular*, elige detenerse en su concepción de una historia “menor” de la literatura como una forma de redefinir el canon literario y las fuentes de una sociología de la literatura. Mirta Varela discute la idea de que Rivera haya sido un teórico de los márgenes, al proponer una lectura de sus aportes críticos en sistema con las hipótesis de David Viñas y Beatriz Sarlo sobre la fundación y la modernización de la cultura argentina. Ana Lía Rey y Laura Vazquez, por último, eligen abordar los aportes de Rivera al estudio de las revistas y la historieta.



Con la autorización de
Jorge B. (1)
X/94.

(1) FOTÓGRAFO.

l dossier

Rivera

El salto inicial de Jorge B. Rivera

EDUARDO ROMANO

Este título puede generar numerosas confusiones, porque Rivera no fue atleta, ni nadador, aunque a veces cubrió tareas equivalentes a las de cualquier atleta, durante su colaboración con diversas colecciones del Centro Editor de América Latina, a plazo fijo y simultáneas; y en otras ocasiones se animó a sumergirse en las aguas profundas de temas o problemas que carecían de una bibliografía previa más o menos establecida, para abrir brechas por las que luego pasarían (pasaríamos) otros.

Sin embargo, me refiero a un “salto inicial” ajeno a dichas metáforas. Si lo hubiese narrado el propio Rivera, seguramente estaría dando cuenta con mayor detalle de los pasos que precedieron al acto de lanzarse al vacío. Yo me limito al testimonio de un amigo que se estaba preparando también para una prueba similar y al cual su ejemplo le sirvió en muchos sentidos. Pero tal vez convenga reconstruir, ante todo, algunas circunstancias de ese momento.

El momento era a mediados de los 60, pero en realidad nos conocíamos desde varios años antes. Fue en 1957, hace apenas medio siglo, cuando al anotarme para el ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA me dijeron que debía rendir un examen de ingreso sobre “cultura general”, un invento restrictivo de la dictadura que perseguía, torturaba y asesinaba obreros desde septiembre (más que nada diciembre) de 1955.

Los lineamientos de lo que sería el examen eran informados por comisiones y en la mía hice amistad con Ricardo Oliver. Él me propuso reunirnos para repasar el mapa de la “cultura general” mundial, para aproximarnos al despropósito con el cual iban a evaluarnos. Y propuso también que se nos sumara un amigo suyo –más adelante serían cuñados- que no estaba seguro de dar el examen, pero que tal vez lo intentara. Ya había pasado fugazmente por otras facultades –derecho, medicina- en busca de una profesionalización que tal vez las humanidades o las ciencias sociales no le prometían.

Llegó a la primera reunión y me maravilló con su solvencia intelectual, con un despliegue de lecturas inusitado. Tal vez lo atribuí, en un primer momento, a que había cursado su bachillerato en Montevideo –donde el padre era diplomático- y supuse que las exigencias educativas serían allí mayores que en Buenos Aires. Después me fui convenciendo de que no era ésa la razón, sino el resultado de su interés, permanentemente despierto, hacia los saberes más dispares. Para elegir uno, cito el del Rivera paleontólogo, que aprovechaba los viajes a la localidad de Rojas (provincia de Buenos Aires) de donde era oriunda su mujer, para cavar al borde de un río e ir reuniendo las piezas de un megaterio, que casi llegó a recomponer completo. Una de las piezas no estaba precisamente en el lecho del río, sino como peso contra el viento sobre un baño con techo de chapa.

Además de sus conocimientos sobre literatura clásica y moderna, sabía mucho en particular acerca de las vanguardias europeas y formaba parte del movimiento artístico MADI, un nombre que articulaba las sílabas iniciales de los vocablos Materialismo Dialéctico. Su jefe era el plástico y poeta Gyula Kosice, de origen húngaro, y el grupo incluía también a poetas, pintores, escultores. En una Antología de 1955 figuran poemas de Rivera, acordes con el sesgo hermético que los caracterizaba. Ya en ese momento se habían escindido los invencionistas de esa vanguardia y editaban su propia publicación, encabezados hasta cierto punto por Edgar Bayley. Esa

corriente desembocaría en formas poéticas de mayor comunicabilidad, como la producción del citado Bayley lo evidencia.

Rivera, a su vez, fue saliendo de ese túnel oscuro y neobarroco. Es lo que distingue a sus *poemas vecinos* (1962), al margen de que diagrama el folleto un escultor madí e íntimo amigo suyo, Alberto Scopelliti. Todo el final del *poema 2* da cuenta, para mí, de una transición:

rodar soles hasta
 convertirlos en canto
 despojarlos de su sangre tibia
 como despojamos un asno de su niebla
 o arropamos una dulce guitarra
 de dolor o angustia
 una mañana con la frente embanderada
 saldrán los sueños de sus pequeños hangares
 a convocar la nada

Un poema dedicado a Maiavovsky es otra prueba de retorno a cierta referencialidad, por oblicua que fuera, así como las *notas* finales, muy de época, y que habían proliferado a lo largo de una década en la revista *Poesía Buenos Aires* (1950-1960), dan pistas de su formación y de sus preferencias:

1

Precusores: Nerval, Lautréamont, Rimbaud, Baudelaire, Jarry, Apollinaire. Lucha de adaptación del espíritu a las reglas más inmediatas de lo real previsible; algo así como una emancipación de los hábitos de desorden para obtener la íntima esencia de la razón humana.

En la cuarta nota, redefine la poesía como aquello que “Diluye el orden en desorden razonado”, hay menciones de varios surrealistas (Jarry –otra vez- Vaché y Cravan), un deslizamiento en las últimas (son 9 en total) hacia el humor. La nota final, por ejemplo, empieza así:

N.N. –de buena fuente-, confundió el antisistema con su Apollinaire de bolsillo, Nerval con los románticos, Lenin con Madame Sosostris, Kant con la Razón Pura. Se siente cohibido.



Para retomar el hilo biográfico anterior, ni él ni Oliver rindieron el ingreso. Jorge era un erudito asistemático, un autodidacta que disfrutaba hoy con un volumen de lógica, mañana con un tratado de geología y pasado con la fenomenología sartreana. Pero aquellas reuniones fundaron una estrecha amistad, los viernes por la noche estaban destinadas a nuestro encuentro con Oliver, con Scopelliti, con Nuñez -otro ex discípulo de ellos-, para seguir el programa que fuera, aunque siempre concluía, a las 4 de la mañana, en las mesas –entonces de madera- de Los Inmortales de la avenida Corrientes, a varias pizzas y abundante vino. Después, veíamos amanecer en unas mesitas –lo que los españoles llaman “terrazas”- sobre la Avenida 9 de Julio y a pocos metros de Córdoba.

En Los Inmortales, además, nos deleitábamos con la discoteca tanguera del local. Ya estábamos en los míticos 60 y parte de la intelectualidad por-

teña comenzaba a descubrir que las palabras de muchos tangos eran poéticas. Tal vez fue la rendija para ir saliendo de la desenfrenada neovanguardia del 50 hacia otros caminos más transitados. En mi caso, fue drástico el cambio entre *poemas para la carne heroica* (1960) y *18 poemas* (1961).

Creo que el vuelco tuvo parecida rapidez en Rivera. Cuando propiciamos, con Alfredo Vignati, Susana Thénon y Juan Carlos Martelli, la hoja poética *Aguaviva*, que sólo voló cuatro veces, pero donde se nota una preocupación políti-



ca que ya no condecía con las poéticas formalistas o esteticistas, y una editorial independiente del mismo nombre, Jorge publicó en el formato apaisado que habíamos elegido su segundo libro de poemas: *La explosión del sueño* (1960).

Una prueba de participación político-cultural activa fue editar el “Poema para promover el enjuiciamiento del presidente Eisenhower” por el poeta norteamericano Ferlinghetti, que nos vinculó con ese grupo de la *beat generation*. Éramos, sobre todo, iracundos, según la caracterización que hizo de todos nosotros Arturo Cambours Ocampo en su libro sobre *Las generaciones literarias argentinas*.

En cuanto a ese segundo libro, evidenciaba opciones ya sumamente alejadas de todo hermetismo. Sea por “Diario de Hiroshima”, que certifica las preocupaciones políticas que nos desvelaban, sea por “Epitafio para un compadre”, relacionable con algunas huellas dejadas por el criollismo borgeano. He aquí su texto, antecedido por una cita de De la Púa (“...tras cartón está la muerte”):

Te descubro en tu posteridad sencilla
de fantasma vecinal, fabricada en los estaños,
en las calles del verano, con rayuela,
y entre cañas y ceras de velorio, adioses al finado
y coronas de papel bajo la luna.

Te descubro en unas décimas de almacén
como un retobo agazapado,
en la tersura del ladrillo viejo,
en los huecos sin nombre, en los potreros.

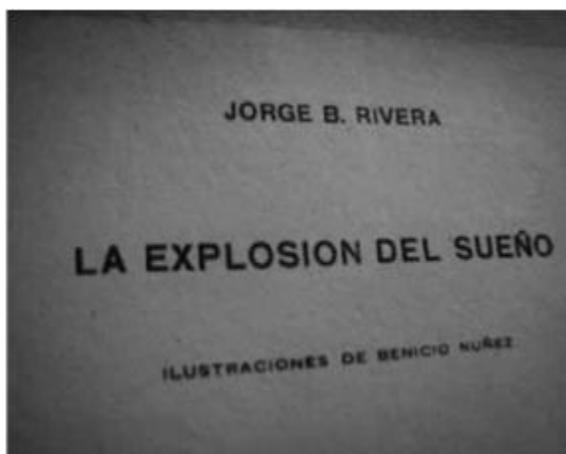
Tu presencia se demora en ese chirlo que te adorna
como una tarja metida en la sangre de tus días,
en un envite de truco, en la garganta dócil
y en el pie del milonguero.

La muerte apenas nos dejó estas figuras de tu vida
como una baraja floreada.

Lo leyó en 1962, junto con algunos otros poemas, en el Ciclo de Poemas leídos por sus propios autores que organizó la Facultad de Medicina en su salón de actos y al que asistían –fueron varias reuniones a lo largo de un mes– cerca de doscientas personas por noche, en gran medida jóvenes estudiantes de diversas carreras de la UBA. La Comisión de Cultura del Centro de Estudiantes los editaba luego en cuadernillos. Tengo a la vista uno de ellos con poemas de Raúl G. Aguirre, Luis Luchi, Miguel Menassa, Jorge Rivera, Gianni Sicardi y Héctor Yánover.

Ese hábito de la lectura pública, seguida de comentarios y discusiones, fue una práctica constante en esos años y acentuó la necesidad de acercamiento al hombre común, la escritura de una poesía cercana al habla cotidiana. Lo que se ha dado en llamar coloquialismo. La rendija a la que me referí antes ya era una puerta completa por la cual fuimos descubriendo formas de la cultura popular en la que nos habíamos criado y que los estudios formales habían intentado extirparnos como ilegítima, espúrea, degradada.

El pasaje del tango a otras formas previas de la poesía popular era inevitable. Y Rivera lo cubrió con prontitud y con solvencia erudita. Al margen de seguir con nuestra aventura poética (el *Diario de poesía hoy*, dos números que dirigimos con Luisa Futuransky y René Palacios More), el acercamiento al peronismo desde el M.L.N. (Movimiento de Liberación Nacional o familiarmente Malena) para Jorge y desde la primera





agrupación de esa tendencia (ANDE) en una azorada Facultad de Filosofía y Letras, que sólo hablaba dialectos de izquierda o gorilas, en mi caso, fueron otro hito decisivo. Fuimos rebautizados “populistas” por comprender que la literatura

no estaba desgajada de sus posibles lectores, de lo que más tarde se reconocería como nivel pragmático, y que el campo letrado no lo cubría todo, que las rupturas artificiales entre alto/bajo ignoraban continuidades que permitían comprender mejor el funcionamiento de la cultura en su conjunto.

Aquellos poemas de 1962, más otros posteriores, conformaron su libro *Beneficio de inventario* (Nueva Expresión, 1963). Tiene una dedicatoria que me resulta graciosa, por su irónica ampulosidad: “El Fénix Rivera al Fénix Romano desde la inmortalidad”. También me dedica el último poema, “Carta de Mayo”. Pero lo más importante es que “Historia del cielo de Buenos Aires”, una de las secciones, trasunta –por una cita, por el nombre de Cielo para los poemas- su acercamiento a Bartolomé Hidalgo y a la poesía gauchesca.

La editorial Nueva Expresión, que había acompañado los dos números de una revista homónima, albergaba a un grupo de escritores e intelectuales que serían expulsados al año siguiente del PCA por su antiestalinismo. Allí estaban, entre otros, Juan Gelman, Andrés Rivera, Juana Bignozzi, Miguel A. Bustos, Esteban Peicovich, etc. Los “Epitafios de obrería” dan cuenta de una poética preocupada por lo social pero en una línea desenganchada de los viejos modelos boedistas. Copio el primero de los tres:

Arcángelo Rossi
 generalmente solo en Buenos Aires
 o en compañía de sus deudos
 -unos pocos trapos- vivió vehemente,

trepado en sus andamios,
en sus silencios matutinos.

Caído parece

Más obrero, más despojo.

Hacia 1964 comenzó a elaborar su insoslayable antología *La primitiva poesía gauchesca*, que Jorge Alvarez editó en 1968. Y ese sello era, por entonces, la caja de resonancia de todo lo nuevo, avanzado, cuestionador. Fue resultado de una labor minuciosa que abarcó “Introducción”, “Noticia biobibliográfica de autores”, la antología cuidadosamente anotada y dos anexos, uno lexicográfico y el otro bibliográfico. Rescataba textos de Manuel de Arauco, Juan G. Godoy, Fray Francisco de Paula Castañeda o Luis Pérez, con una actitud “distinta del cauteloso exilio en que generalmente se las mantiene”.

Lo ofrecía, modestamente, como “una herramienta de trabajo”, aunque asimismo reconocía que era “fruto de un sentimiento entrañable”. Para explicarlo, recurría a argumentos muy claros:

Lo gauchesco rioplatense es, de alguna manera, un factor de cohesión con el pasado y una experiencia no desdeñable que pertenece a nuestro patrimonio cultural. Retomar sus fuentes no es un acto de adhesión gratuito a un país y a un ‘estilo’ perimido. Hallaremos aquí [...] un fondo de militancia, de participación vital, que constituye el antecedente de lo más agresivamente perdurable que se haya escrito entre nosotros.

A continuación repasaba, con su habitual exhaustividad, los juicios que el género gauchesco generara entre la intelectualidad nacional, los orígenes de la voz “gaucho”, las etapas en que esta forma se desarrolló y su función integrada e identificada “con los sentimientos populares” y opuesta, por tanto, a la retórica neoclásica. Eso no significaba que hubieran sido payadores, sino poetas letrados, lo cual “les ha permitido el acceso a modelos artísticos”, al margen de que reelaboraran una métrica y un lenguaje con raíces folklóricas. Confiaban en que los cantores errantes difundieran su

producción, luego de haber sido leída y memorizada, con las inevitables variaciones del caso.

Los posibles vehículos de difusión oral, las diferencias entre gauchos y orilleros, el pormenorizado desmontaje de los componentes de la forma diálogo y una presentación biobibliográfica de todos los autores incluidos cierran esta antología, que debería ser reeditada, ya que sigue siendo de consulta indispensable para estudiantes, en un extremo, y especialistas, en el otro.

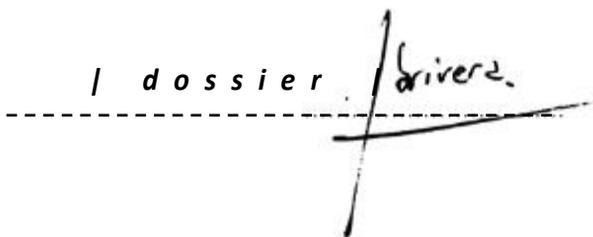


El gran salto estaba dado y podemos asegurar que lo completó su *Eduardo Gutiérrez*, volumen 2 de la Enciclopedia de la Literatura Argentina que dirigía Aníbal Ford. Puedo vanagloriarme de haberlos presentado, en el café que estaba junto a las oficinas del Centro Editor de América Latina, en la Avenida de Mayo. Surgió de ahí una afinidad intelectual que arrojaría como resultado varios trabajos en colaboración, algunos de ellos reunidos muy posteriormente en *Medios de comunicación y cultura popular* (Legasa, 1983).



Aquel ensayo también rescata de las sombras a un gran novelista al que sólo algunos estudios preliminares en la colección El Pasado Argentino le habían prestado atención, pero a quien los críticos “serios” trataban habitualmente con desprecio, desde Alberto Navarro Viola y Martín García Mérou, a fines del siglo XIX. Con la misma precisión de la antología gauchesca, reseña la trayectoria del folletín europeo como antecedente inexcusable, las reacciones del público y de la crítica, los diversos aspectos de la producción del autor: periodismo, crónicas policiales, novelas gauchescas e históricas. Esas 55 páginas fueron el punto de partida obligado para quienes –sobre todo en estas últimas décadas- exploraron el tema.

Bueno, creo haber dejado un testimonio directo del pasaje –lo llamé antes salto- que dio Rivera, si bien podríamos leerlo también como una continuidad entre los márgenes. De la marginalidad exquisita y aislada de las neovanguardias de mediados del siglo XX, a la marginalidad de una producción que no había recibido aún, salvo excepciones aisladas, un tratamiento desde la historia cultural que posibilitara ampliar el campo de lo que se consideraba literatura hasta ese momento. De esa manera, lo que luego recibiría el nombre de “estudios culturales” estaba naciendo en la Argentina, aunque luego se los “importara” desde Inglaterra. Jorge Bernardo Rivera estuvo en la sala del parto.



Un kantiano rioplatense *

JORGE LAFFORGUE

Me pregunto por qué Jorge B. Rivera me recuerda a Kant. Seguramente no es por su porte, pues según los grabados de época el filósofo alemán era medio enclenque, ni tampoco por su reconocida austeridad, ni menos aun por su pietismo. Entonces ¿por qué? Porque Kant pensó el mundo sin moverse de su Königsberg natal. Su figura esmirriada y su carácter severo resultan datos aleatorios, apenas pintorescos frente al fenomenal saber que desplegó en sus *Críticas*.

Jorge B. era de gran contextura y solía desplazarse como un oso pardo (tanto que para muchos de nosotros -en particular para nuestros amigos uruguayos- él era inequívocamente el Grandote). También estaba lejos de cualquier sobriedad en el comer y el beber; diría mejor que en él los placeres gastronómicos corrían parejos con los de la lectura. Pero estos datos

físicos y culinarios pasaban a un segundo plano frente a su pasmosa erudición, cuyo centro productor no era otro que una biblioteca infinita en un barrio porteño de escasos esplendores.

Recuerdo haber comenzado a contarle un viaje a Grecia que acababa de realizar; él me retrucó con un documento conocimiento de Atenas, como si fuese un asiduo cami-

* Publicado originalmente en *Zigurat. Revista de la Carrera de Ciencias de la Comunicación-Universidad de Buenos Aires*, N°5, Editorial Prometeo, 2005.

nante de sus calles, como si la Plaka fuese la mismísima manzana del barrio de Santa Rita que él habitaba. U otra vez, al comentarle mi trabajosa, casi inmóvil, lectura de Peter Handke, quedé alelado ante su hipótesis de cómo la decadencia de Viena avalaba ciertas opciones narrativas del escritor austríaco. Repaso mis recuerdos y diría que casi nada le era ajeno. Todo lo había pensado o visto, aunque raramente se hubiera movido de su ciudad natal, su querida Buenos Aires.

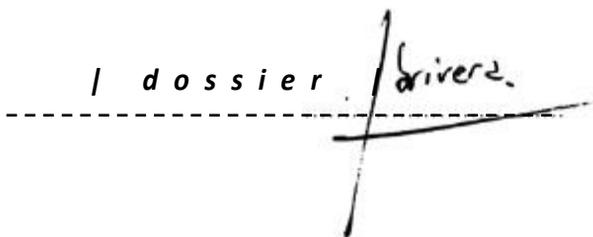


Juntos encaramos varios trabajos, y algunos -como *Asesinos de papel*- llegaron a buen puerto. Se dice que la cultura popular y los medios de comunicación fueron sus temas preferidos. Tal vez me niegue a convalidar esa afirmación, porque mis largas charlas con él, su discurrir por los más variados canales del saber, su misma producción escrita -sobre todo su poesía inicial y sus notas periodísticas dispersas en una y otra orilla del Plata- me enfrentaron una y otra vez a la amplitud y la diversidad de sus inquietudes, de sus búsquedas. Él las supo encarar con una capacidad y tenacidad de trabajo que yo envidiaba y seguramente Kant hubiese aprobado.



Jorge B. Rivera con Héctor Tizón, la Negra (esposa de Rivera), Jorge Lafforgue, Flora Guzmán, Anibal Ford, Nora Mazziotti y Carlos Altamirano.

.....



Rivera, o la arqueología

PABLO ALABARCES

1. Unos años antes que a Rivera conocí personalmente a Eduardo Romano, en 1983, en una actividad política, un Congreso universitario del peronismo al final de la dictadura –donde, dicho sea de paso, conocí el ya entonces aceitado mecanismo de pasar la Marcha Peronista para clausurar cualquier intento de debate. Pero en esos años de estudiante de Letras bajo un régimen militar, había ido armando penosamente una biblioteca autodidacta con lo que podía y con lo que encontraba en las ferias de libros usados: algún radar me había llevado a hallar el pequeño libro que Jorge Rivera le había dedicado a Eduardo Gutiérrez y sus folletines gauchescos. Lo comenté con Romano, de quien desconocía todo: “me fascinó este libro y esa línea de trabajo”; Romano se sonrió y me puso en conocimiento de que había una sagrada trinidad llamada Ford, Rivera y Romano, y de que si leía a uno eso incluía leer a los tres, incluido él mismo, y que eso era “una línea de trabajo”. Se trataba de la perspectiva que juntos habían inventado a finales de los años sesenta, y en la que me detuve con más precisión en un artículo extenso hace algunos años¹. Para ser sintético: la invención de los estudios sobre culturas populares, en intersección con la cultura de masas, a partir de un armazón teórico complejo que incluía las novedades sesentistas –entre el estructuralismo y la renovación marxista– pero leídas desde un peronismo informado simultáneamente, y en la misma medida, por Jauretche y Gramsci.



Eduardo Romano, Anibal Ford y Jorge B. Rivera.

¹ Alabarces, Pablo (en colaboración con Valeria Añón y Mariana Conde): “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (editores) (2008): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós, colección Estudios de comunicación/28, pp. 261-280.

http://www.rehime.com.ar/escritos/dossier/rivera_dossier_alabarces.php#destino

A eso se le llamó populismo, y era un adjetivo que los tres aceptaban como punto de partida pero al que le negaban cualquier connotación peyorativa. Populismo significaba a la vez una posición política —el peronismo del que no renegarían— y teórica, consistente en mirar con atención la producción simbólica de y destinada a las clases populares, desprovistos de elitismos y a la vez carentes de la actitud que Grignon y Passeron caracterizaron, mucho tiempo después, como “el derecho de pernada simbólico” —ese gesto intelectual de reconocer e instituir legitimidad a los simbolismos “menores” para afirmar, en realidad, la propia posición de poder. El peronismo los colocaba, por el contrario, en posiciones francamente anti-elitistas (y a veces, francamente anti-intelectuales); sus biografías los tramaban con los consumos de masas a los que dedicaban su atención (los tres eran monumentales amantes del tango); pero además, la sutileza de sus lecturas los eximían de populismos groseros o plebeyismos forzados. Munidos de las herramientas

de la crítica literaria, propusieron someter la cultura de masas a análisis complejos y agudos, afirmando que esos materiales resistían la prueba y la pasaban airosos. Su populismo era irreverencia y transgresión: un *viejo populismo*, como afirmó Sarlo en *Escenas de la vida posmoderna* en 1994, que escapaba de la circularidad epistemológica que obligaba a preocuparse por un objeto simplemente por su consumo de masas. Para Ford, Rivera y Romano, esa preocupación era una decisión militante y política: significaba construir una sociedad democrática, y en ese camino reivindicar el derecho al simbolismo de las clases populares, demostrar la riqueza de sus culturas, analizar los modos en que la cultura de masas se tramaba con los deseos y expectativas de esas clases y grupos.

2. Por ese conocimiento accidental y primario, entre 1984 y 1999 trabajé y estudié con Eduardo Romano: entre 1988 y 1997, con Aníbal Ford. En todos esos años, conocí y traté y leí a Jorge Rivera; me desmayé ante las honduras de su biblioteca, intenté hacer funcionar una computadora en su casa –infructuosamente: el procesador era él y su memoria monstruosa, y no toleraba reemplazos–, comprobé y disfruté la calidez y la inteligencia asombrosa de su conversación. Y lo leí, del derecho y del revés.

En 1986 trabajaba en la industria editorial como diagramador y armador de originales, y tuve el orgullo de producir su *La investigación en comunicación social en la Argentina*, que publicó Puntosur un año después. Leí el libro en las galeras, conseguí uno de sus primeros ejemplares; estaba terminando mi carrera de Letras, y ese libro fue uno de los empujones que me desplazaron hacia el análisis cultural y los estudios en cultura popular. Años después, tras su fallecimiento, encontré en sus archivos las fichas originales, los centenares de hojas mecanografiadas en las que Jorge había

relevado, una por una, todas las publicaciones –libros, artículos, fascículos, revistas– que entre 1945 y 1985 hubieran analizado los fenómenos de la cultura popular y de masas en la Argentina. De esos mismos años fue *El escritor y la industria cultural*, producido al interior del sistema de fascículos



Jorge B. Rivera,
María Graciela
Rodríguez y
Pablo Alabarces
en 1996.



del Centro Editor de América Latina a comienzos de los años 80 pero felizmente reeditado a fines de los 90, que permanece como una monumental historia del trabajo intelectual en la Argentina desde la colonia hasta la contemporaneidad. Y antes, publicado veinte años atrás aunque recién lo pudimos leer en los ochenta, descubrimos *La primitiva literatura gauchesca*, que Jorge Álvarez editó a finales de los años sesenta, una joya del trabajo arqueológico que Rivera hacía tan, pero tan bien, y que le permitía demostrar la trama compleja de las relaciones entre poetas letrados y culturas populares orales en la invención de la cultura argentina.

No busco aquí revisar una obra extensa y compleja, de más de veinte libros e infinidad de artículos y fascículos —un género que Rivera cultivó con esmero y felicidad en el Centro Editor. Nombro tres libros apenas, los que sencillamente cambiaron mi vida y mis perspectivas. Del resto de su obra, apenas señalo que sin ella poco sabríamos hoy sobre periodismo, historietas, tango, gauchesca, folletines, policiales, cuentos populares o la obra de Roberto Arlt. En suma: que la historia de nuestra cultura sería, nada menos, mucho más pobre. Y especialmente, mucho menos democrática y plural.

3. Pero además, su generosidad. A comienzos de los años noventa se interesó por mis primeros pasos en el estudio de las culturas deportivas. Fetichista del libro como objeto privilegiado de difusión de la producción intelectual —se había iniciado como poeta muy joven, y publicó hasta poco antes de su muerte—, me insistió en que ese trabajo tenía que volverse público. No conforme con su insistencia, poco más o menos que le

ordenó a su entonces editor en Atuel que recibiera mi original². Y unos meses después nos acompañó a presentarlo. Tengo aún una foto de esa noche: Rivera está haciendo reír a todo el auditorio, mientras desgrana las razones por las que estudiar el fútbol es perseverar en aquella “línea de trabajo”. La felicidad de Jorge consistía en saber que había ganado la pelea cultural que, junto a Ford y Romano, había inventado treinta años antes: que lo que habían construido como conocimiento marginal y periférico a las academias y los saberes legítimos podía ocupar, gracias a ellos, las bibliotecas y las universidades.

4. El populismo de Rivera no se limitaba a una posición teórica y política, sino que se expandía en la preocupación por lo marginal, lo periférico, lo insólito, lo inaudito, lo inadvertido –y en todo ello, también por las clases populares. Por eso fue nuestro arqueólogo: fue aquel que descubría todos los orígenes porque, simplemente, los tenía en la memoria, porque los había buscado, porque había inventado la arqueología de la cultura popular y de masas. Y en su rastreo minucioso de la minucia, produjo *Postales electrónicas*, su mejor libro, a la vez delicioso, original e imprescindible, y cuyos artículos, merced al increíble descuido por la obra de Rivera en la Argentina –el diario *Clarín* lo había despedido sin mayores explicaciones muchos años antes–, habían sido publicados previamente en diarios uruguayos.

Seguramente, con mucha menor difusión que los gurúes de la posmodernidad, la hibridación y el descoleccionamiento. Rivera era la descoleccion permanente, como práctica vital e intelectual; pero condenado a ese destino sudamericano de lo periférico, y también, dolorosamente, de cierto ninguneo. La magnitud de su obra y de su trayectoria –también institucional: dirigió la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires entre 2001 y 2003– merece mucha más memoria, y mucha más lectura, que la que le dedicamos. Decir esto en el contexto de un

² Ese libro fue *Cuestión de pelotas*, que co-escribimos con María Graciela Rodríguez en 1996.

conjunto de textos en su homenaje puede sonar contradictorio: pero que ésta sea la primera vez, tras siete años de su muerte, me permite asegurarlo.